

Mujeres indígenas de La Montaña de Guerrero: una aproximación*

En este capítulo me interesa destacar el papel que la mujer indígena del estado de Guerrero está desempeñando, tanto en el ámbito económico, como en otras esferas de la vida social y política de sus comunidades y regiones, en particular, en la región pluricultural conocida como La Montaña de Guerrero donde habita población nahua, mixteca y tlapaneca.

En el censo del año 2000, la población indígena del país estaba constituida por 10 253 627 personas, de las cuales más del 50% eran mujeres, distribuidas principalmente en los estados de Oaxaca (784 384), Chiapas (522 574), Veracruz (473 263), Puebla (438 772), el Estado de México (446 247), Yucatán (487 458), Hidalgo (259 863), Guerrero (246 863) y Distrito Federal (175 714) (INEGI, 2004; INI, 2002).

La crisis económica que ha golpeado fuertemente al medio rural y por tanto, al papel que como productoras de bienes básicos o comerciales desempeñaban las comunidades indígenas de diversas regiones del país, las ha impulsado a experimentar una diversidad de estrategias económicas para lograr la sobrevivencia de sus familias. Estas nuevas estrategias permiten la combinación de ocupaciones en la producción agrícola, ganadera y artesanal con el comercio informal, los servicios en las ciudades y la venta de fuerza de trabajo en la producción local, regional, en las zonas de agroexportación del noroeste y en Estados Unidos.

En este proceso de intensa incorporación de los núcleos indígenas a la economía monetaria, las mujeres han jugado un papel de primera línea al integrarse a estas estrategias productivas sin dejar de lado el papel que siempre han desempeñado en sus hogares y comunidades.

Mujeres indígenas y desarrollo

*Hermelinda Tiburcio Cayetano**

En el estado de Guerrero existen cuatro pueblos indígenas: nahuas, mixtecos, tlapanecos y amuzgos, cada uno de ellos tiene su cultura y sus costumbres. Las mujeres indígenas realizan actividades según la región.

Las mujeres indígenas participamos activamente en todos los ámbitos económicos: en las labores agrícolas, en la cría de animales domésticos, en los quehaceres del hogar, en la elaboración de artesanías y algunas también en la comercialización o en la prestación de servicios en las principales ciudades o centros urbanos.

Hay una gran variedad de artesanías elaboradas por las mujeres indígenas según su pueblo. Las especialidades de las mujeres nahuas son la elaboración y decoración de artículos de barro, canastos, figuras hechas con hojas de maíz, hamacas, así como papel de amate. Su mercado principal son los lugares turísticos, tianguis y otros estados de la república.

Las mujeres mixtecas de la Costa Chica tejen huipiles, servilletas, bordean punto de cruz sobre cuadrillé o sobre manta, elaboran y decoran objetos de barro como cántaros, ollas, comales y distintas figuras. En la región de la montaña elaboran sombreros de palma y petates y su mercado es local pues se consume en la misma comunidad.

La actividad artesanal de las mujeres tlapanecas es la elaboración de gabanes, bolsas de lana de borrego, su mercado básico es en la comunidad y algunos venden en otros lugares.

En el caso de las mujeres amuzgas, su actividad artesanal consiste en la elaboración de manteles, servilletas, huipiles, blusas, camisas. Todas estas actividades son realizadas con un tejido muy fino que en los últimos tiempos tienen mucho mercado en casi todo el estado y en otros lugares por la calidad del trabajo y los nuevos diseños que están incorporando.

* Beatriz Canabal Cristiani, profesora-investigadora del Departamento de Producción Económica, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

* Líder indígena mixteca.

El trabajo de las mujeres indígenas

Las mujeres se levantan más temprano que los hombres a poner lumbre, moler, preparar el almuerzo, organizar a los niños para la escuela y desarrollar todas las labores domésticas. Durante el día realizan muchas más actividades que los hombres: poner café, ir al molino, hacer tortillas, poner nixtamal, hacer almuerzo, dejar comida al campo, juntar y traer leña, barrer, remendar ropa, aseo del hogar, llevar niños a la escuela, bañar niños, coser, atender hijos y esposo, tejer artesanía, ir por agua, guisar, planchar, cuidar animales domésticos y además las actividades del campo. Como si eso no fuera suficiente, se duermen más tarde que sus esposos porque arreglan el frijol para el siguiente día y almacenan el agua para la mañana.

Las mujeres hacen todas estas actividades sin recibir ningún pago ni estímulo y a pesar de la inmensa carga de trabajo que tienen no son valoradas por sus maridos ni familiares. Algunas mujeres piensan que esto es normal, a otras sus maridos y suegras les dicen que es “su obligación y su deber como mujer”.

Adicionalmente, muchas realizan otra serie de actividades remuneradas como tejer, bordar, hacer antojitos para vender: enchiladas, tostadas, pozoles, tamales, pan, empanadas, café molido, hacen artesanía de barro, y cuando las alquilan para trabajar, hacen petate, artesanía de palma, coser, planchar y lavar ropa ajena; así como los productos de campo. Éstos son los trabajos que las mujeres hacen para recibir un estímulo que puede ser dinero, o bien, para cambiarlos por otros productos que de alguna manera les beneficie a ellas directamente y sienten como parte de su logro personal.

Servicios en las comunidades

En la mayoría de las comunidades no hay transporte y las escuelas sólo cubren el nivel primaria y, en algunos casos, secundaria, pero si alguien quiere estudiar la preparatoria debe salir a un centro urbano. En la mayoría de las comunidades no existe drenaje, las personas realizan sus necesidades fisiológicas al aire libre, los servicios de agua potable existen en algunos pero en otros no. Todos los servicios son de mala calidad en las comunidades indígenas.

La salud de las mujeres indígenas

La salud es uno de los aspectos donde más se muestran las desigualdades que hay en nuestro estado respecto a los pueblos indígenas y, especialmente, las mujeres. El primer obstáculo para tener una buena salud es el acceso, pues sólo en las comunidades más grandes existe un centro de salud y muchos de éstos son atendidos por médicos pasantes. Para muchas otras personas, el

centro de salud queda a veces hasta a cinco o seis horas de camino y eso hace difícil poder atenderse a tiempo. Las mujeres sufren diferentes enfermedades: dolor de cabeza, diarrea, vómito, calentura, gripas, hinchazón de cuerpo o pies, estado alto de desnutrición en los niños, entre otros. Pero hay muchas otras enfermedades que se desconocen, pues la mayoría de las mujeres no acuden a los hospitales o por la lejanía, sólo se trasladan cuando están muy graves y a veces no logran llegar bien. Muchos casos son atendidos en las comunidades por la medicina tradicional y las mujeres en proceso de parto se atienden con las parteras; en algunos casos difíciles, cuando el niño viene en posición complicada se acude a los hospitales, pero se encuentran con obstáculos: que los médicos no entienden su lenguaje, la discriminación por ser mujeres indígenas, reciben atención de mala calidad, el costo de hospitalización es muy alto para ellas, así como las medicinas.

En algunos casos, aunque sean muy graves, prefieren quedarse en la comunidad porque no hay medio para su traslado, por falta de recursos económicos o porque su marido o familiares no la apoyan.

El sexenio pasado, el Programa Arranque Parejo en la Vida, como su nombre lo dice, las mujeres indígenas nos quedamos fuera de sus beneficios, porque sólo fue un programa diseñado en papel, porque nunca llegó las comunidades indígenas, por ejemplo “Casa Ame” y “Transporte Ame”. La Casa Ame pretendía tener un lugar donde la mujer podía llegar con sus familiares y quedarse los días que fueran necesarios para que esté vigilada y pueda dar luz a su bebé y, el Transporte Ame, que las autoridades municipales designaran un transporte para que la mujer sea trasladada a un hospital en proceso de parto, pero, en mi experiencia personal en campo, en los municipios como San Luis Acatlán, Igualapa, Ometepec, Tlacoachistlahuaca, Xochistlahuaca, observé que los presidentes de estos municipios nunca instalaron una Casa Ame ni Transporte Ame.

Cuando una mujer está embarazada se las arregla como puede. Doña Juanita cuenta:

[...] cuando me embaracé no podía dormir por pensar, ¿qué tal si me muero?, ¿cómo será mi parto?, sólo me quedaban estas opciones darme fuerza a parir o dejarme vencer por el miedo y morir. Recuerdo que tenía mucho miedo, pero tenía mucha confianza en la partera. También ese fue mi primer embarazo y después fui confiando en mí misma y ahora tengo 8 hijos: creo que voy a tener más porque mi marido quiere que tengamos más hijos, pero sí me da miedo y siempre le pido a Dios que me ayude y que los hijos que me mande, los tenga bien.

No quiero que me pase lo que a Josefa, ésta era una muchacha de 23 años que ya tenía 3 hijos y se embarazó del cuarto hijo; una tarde le comenzaron los dolores que le duraron 3 días y tres noches con el dolor intenso y al cuarto día nació su bebé, pero ella falleció, su mamá recibió el niño y su esposo después de 3 meses de viudo se volvió a casar.

Estas historias son reales; los municipios como San Luis Acatlán ocupan el primer lugar de muertes maternas, allí, en los demás municipios y principalmente en zonas indígenas. La falta de trabajo en las comunidades indígenas hace que las mujeres se sientan impotentes de no poder atenderse y muchas de ellas con ganas de vivir dejen la vida.

Hoy hay otra realidad con el Seguro Popular: las mujeres indígenas seremos las últimas en ser beneficiarias porque hoy, los beneficiarios están en las grandes ciudades donde es más fácil afiliarse porque sólo es cumplir metas del programa y no a los que realmente lo necesitan como las zonas indígenas por lo lejanas y muchos de los pobladores no tienen acta de nacimiento y CURP, seremos los últimos, si bien nos va.

Y otra realidad con este gobierno federal es que los niños nacidos en este sexenio serán asegurados pero hasta que nazcan, pero si las madres se mueren en el proceso de parto nunca entrarán en este programa.

Éstos son algunos ejemplos de los programas gubernamentales que van dirigidos a la población pero los indígenas siempre estamos en los últimos lugares.

La migración

En las comunidades indígenas, por falta de mejores oportunidades, los miembros de las comunidades emigran en busca de mejores condiciones de vida.

Anteriormente, los hombres emigraban a Lázaro Cárdenas para trabajar en obras de construcción y después se iban con toda la familia a Culiacán, Sinaloa y Hermosillo, pero en los últimos seis años las mujeres y los hombres emigran a Estados Unidos. En las comunidades indígenas mixtecas, sólo se quedan los ancianos, los niños y algunas mujeres, pero la mayoría se van en busca de mejores condiciones de vida.

En particular, las mujeres salen de su comunidad para emigrar a otro estado o, incluso actualmente, a Estados Unidos. La mujer cambia la forma de vida, el trabajo y el dinero le dan otra condición de vida, esto hace que supere la autoestima y a las que se quedan en las comunidades les ha permitido tomar decisiones sobre el mando de la casa y además participan en los quehaceres colectivos de la comunidad, como en las reuniones comunitarias, comité de escuela, cargos en las fiestas tradicionales.

La migración tiene desventajas y ventajas hacia las mujeres indígenas; anteriormente, el machismo en las comunidades era impresionante; en la actualidad las comunidades donde más emigran ha favorecido la toma de decisiones y ha disminuido la violencia hacia las mujeres porque los esposos no se encuentran, pero además cuando regresan adquieren más conciencia porque la cultura de otros lugares es diferente.

Pero también existe desventaja en la migración: las mujeres se quedan solas, los hijos no crecen con los padres, las tierras se

quedan abandonadas, se comienza a perder la cultura, la lengua y la vestimenta.

En Guerrero, la emigración es un problema social, ya que los gobiernos estatales y municipales no han tenido voluntad política para combatir la pobreza, porque en este caso se necesitan grupos de expertos que diseñen programas que beneficien a los pobladores y dejen de lado los pequeños proyectos que sólo hacen perder tiempo a la población ya que no significan un gran desarrollo. Además, cada región tiene su clima que es favorable para la gran producción. En Guerrero lo que falta para frenar el problema de la migración es diseñar programas que generen empleo, producción y comercialización.

Riqueza con que cuentan las comunidades

Las comunidades indígenas tienen muchas riquezas naturales, "su territorio propio", tierra, agua, clima favorable donde se pueden desarrollar grandes proyectos.

Los miembros de las comunidades siembran maíz, calabaza, frijol, ajojonlí, jamaica, chiles, jitomate, cebolla, café, plátano, hortalizas, sólo que en pequeñas cantidades. Las mujeres elaboran diferentes productos artesanales.

Debilidades en las comunidades indígenas

- Los hombres adquieren muchas bebidas alcohólicas, trabajan durante la semana y en un día gastan todo su dinero en el alcohol y los demás miembros de la comunidad; todo compran, coca-cola, pepsicola, arroz, azúcar, chile, jitomate, gallina de granja, huevo de granja, etcétera (El dinero no circula en la comunidad, sino lo regresan a las grandes tiendas) porque sólo siembran para el autoconsumo.
- El dinero que los emigrantes indígenas envían de Estados Unidos se regresa otra vez a las grandes empresas, ya que las comunidades todo compran y el dinero no circula en las mismas comunidades, tampoco hay capacidad para aprovechar la producción de la tierra, la fuerza de trabajo se vende cuando emigran a otros lugares.
- Siempre se busca un patrón que invierta en fuerza de trabajo.

Aunque los esposos permanezcan en Estados Unidos, las mujeres seguirán siendo pobres mientras no tengan conciencia de que ellos son los que hacen rico al rico y las poblaciones indígenas más pobres si permanecen comprando todo.

El desarrollo en las mujeres indígenas

Por lo anterior, es difícil hablar de desarrollo, ya que existen varios factores que limitan el desarrollo de la mujer; el no saber

leer es una restricción porque limita conocer otra fuente de información, la experiencia de otras mujeres.

La migración es un factor importante para el desarrollo; cuando los padres emigran, los hijos se quedan con los familiares, tienen que trabajar para poder comer y esto no les permite acudir a la escuela, y esto seguirá siendo un factor limitante en las generaciones futuras.

Hasta la actualidad, los proyectos impulsados por las instituciones federales, estatales y municipales son diseñados por la gente que vive en las ciudades, que no conoce las situaciones culturales, ideológicas y climáticas de la región o más bien situaciones reales de las comunidades y, además, con reglas de instituciones que muchas veces la población indígena no puede cumplir para ser beneficiaria.

Éstos son pequeños proyectos que no impactan a la población, porque también carecen de asesoría y seguimiento. Las mujeres cada día luchan por una vida mejor para todos en general y para ellas mismas, pero son muchos los factores que impiden el desarrollo.

El empoderamiento

El empoderamiento de las mujeres indígenas depende de varios factores, uno de ellos es el desarrollo económico; cuando las mujeres tienen entrada económica adquieren poder de mando y decisión en la familia.

La pobreza es la que hace que la mujer sea sumisa en las comunidades indígenas, ya que los esposos son los que mantienen la familia porque la mujer hace trabajo en el hogar pero no es valorado por el esposo y quien aporta el dinero es él y, la mujer, al tener proyecto de desarrollo en su comunidad y en su hogar, adquiere poder.

Cuando la mujer comienza a adquirir poder y toma decisiones, comienza a dejar de sufrir violencia en los hogares.

Es aquí donde se necesita desarrollar grandes proyectos para que las mujeres se empoderen; necesitan ya no depender económicamente del marido y además es sano para que los hijos tengan una vida diferente. La desnutrición en las comunidades depende mucho de que la madre tenga una fuente de empleo, porque si la mujer tiene trabajo, los hijos se alimentan mejor, no es por prestigiar los trabajos de los hombres sino que muchos de ellos trabajan para beber alcohol y los hijos se quedan sin comer.

El empoderamiento se adquiere cuando la mujer trabaja, se capacita, toma decisiones y encuentra la libertad de ser ella misma, se va construyendo sin destruir a los otros, sino saber compartir con el otro.

La falta de visión de inversión es un limitante para el desarrollo

Las mujeres carecen de visión de inversión, los recursos que las mujeres reciben de los familiares que trabajan fuera del país son invertidos en casa de materiales, tiendas de abarrotes, aparatos electrodomésticos como grabadoras y televisiones; no es porque sea mal invertido, sino que cuando los esposos regresan un tiempo, tienen que emigrar de nuevo porque no encuentra entrada de dinero.

Si la inversión sigue sin plusvalía, las mujeres seguirán siendo pobres, aunque los esposos permanezcan trabajando en Estados Unidos.

La pobreza

Las grandes limitaciones de visión son los obstáculos para el desarrollo en las comunidades indígenas; no sólo es la pobreza de economía, no sólo la falta de carreteras, escuelas, centros de salud u hospitales, sino también la autoestima de cada persona, la valoración de cada ser humano, la violencia entre las parejas y entre ciudadanos, conflictos agrarios, conflictos políticos, conflictos religiosos, todo esto también va ligado a la pobreza de conocimiento; un porcentaje importante no sabe leer en las comunidades, la falta de conciencia, la envidia, la falta de proyectos personales y de grupos, la falta de valoración de las riquezas naturales, el consumo inmoderado de alcohol en los hombres, la compra de productos chatarra en las grandes tiendas.

El campesino trabaja todo el día con un patrón y gana al día, si bien le va, 60 pesos; con estos 60 pesos compra todo lo de la canasta básica, esto hace que las grandes empresas crezcan y el campesino siga explotando su fuerza física.

La pobreza es resultado de los gobiernos en este país y las leyes que lo rigen, que han beneficiado a las grandes empresas y esto hace que el pobre y la población indígena estén en último lugar de los beneficios; un ejemplo está en los banqueros los gobiernos primero piensan en los intereses de los grandes empresarios y los indígenas son los últimos.

La pobreza es por falta de programas dirigidos a las poblaciones indígenas y una reforma de profundidad para combatir la pobreza. Que no significa, por ejemplo, impulsar un programa como el piso firme, porque aunque la gente tenga piso, pero si no tiene qué comer y tampoco va a la escuela por falta de maestros en las comunidades y las mujeres se mueren en el proceso de parto, el piso firme no combate la pobreza, sino maquilla la cifra de una vida mejor.

La mentalidad y la historia que nos identifican

¿Cómo hacer para cambiar la mentalidad de las personas? Éste es un proceso largo que irá cambiando lentamente, porque las mujeres indígenas hemos vivido un mundo diferente, imaginario, un mundo de palabras, de consejo, un desarrollo lento de generación en generación, donde no existen letras, sólo historias contadas, donde las personas viven la voluntad de un ser superior, con leyes propias donde nadie puede juzgar qué mundo es mejor si el de la ciudad o el del campo, donde cada persona cuenta su propia historia.

Cambiar la mentalidad no consiste en borrar la historia, sino rescatar lo bueno y concientizar lo malo. Y esto consiste en realizar talleres, pláticas, encuentros, asesorías, acompañamientos para seguir construyendo nuestro sueño. Donde los que saben y los que gobiernen den lugar a nosotros los indígenas que pensemos por nosotros mismos y sólo nos acompañen a desarrollar ideas y el sueño que anhelamos.

Porque ser indígena no es una discapacidad, tampoco no saber leer ni escribir puede ser un limitante. Las mujeres pensamos, sentimos, analizamos y expresamos.

Camino al desarrollo

Encontrar el camino al desarrollo de las mujeres indígenas no significa dejar de lado la cultura ni la costumbre, sino construir juntos, con nosotras, un camino que a los expertos los lleve a un campo donde existe la sabiduría y experiencia de las mismas mujeres; sólo se necesita cambiar el rumbo de siempre (Si haces lo mismo tendrás el mismo resultado, si cambias

tendrás diferentes resultados). Esto significa desarrollar proyectos de impacto regionales, que cada comunidad desarrolle su proyecto, que tenga impacto de producción de mercado y rentabilidad.

Hacer trabajo demostrativo, realizar talleres con especialistas de cada materia, asesoría de producción, ganadería, artesanal, de desarrollo personal, crecer como persona y como grupos de trabajo.

Se necesita impulsar proyectos de traspasamiento, ya que las comunidades tienen mucho patio o terreno cerca del domicilio, de los productos básicos y esto permitirá que las mujeres aseguren el consumo inmediato, que es la canasta básica, ya que sólo así se logrará circular el dinero en la misma comunidad.

Crear organizaciones y cooperativas de mujeres indígenas, donde las mujeres participen activamente, donde ellas puedan producir y comercializar sus productos para que ellas sean sus patronas y evitar o disminuir la migración, que la fuerza de trabajo se potencialice en la misma comunidad.

Asesorar la inversión de los dineros que las mujeres y los familiares reciben de los emigrantes en Estados Unidos. A las artesanías darles nuevos diseños, para que las mujeres puedan vender sus productos y así buscar mercados regionales, nacionales y extranjeros.

Consiste en dar el giro que hoy tienen las comunidades indígenas, que consuman lo propio y sólo así tendrán otra vida, serán autosuficientes, ya que tienen todo lo necesario: “territorio propio”. Hacer circular el dinero en la misma comunidad, adquirir productos regionales, panelas, chiles, jitomates, ajos, cebollas, frutas de la región, pollos, huevos, guajolotes, de la región. Esto es lo que está en manos de las comunidades, lo que se puede hacer directamente con ellas y ellos. ■

Integración a la economía monetaria

La incorporación de las mujeres indígenas a los mercados laborales, al comercio, al servicio y al trabajo por cuenta propia, tiene como marco una gran desvalorización de su fuerza de trabajo, sobre todo la de aquellas que se emplean en condiciones de gran flexibilidad fuera de sus regiones de origen, al tratarse de trabajadoras con arraigo territorial que regresan a sus comunidades a sembrar, que tienen obligaciones en sus hogares, que sólo trabajan una parte del año y que aceptan salarios y prestaciones por debajo de los mínimos establecidos. El hecho de ser mujeres indígenas les marca esta forma de inserción a los mercados de trabajo como única posibilidad de acceder a una ocupación remunerada adaptada a sus posibilidades como integrantes de una comunidad

y a la calificación que pueden tener en términos de educación formal.

Si bien las estadísticas no captan la magnitud de la aportación de las mujeres indígenas al ingreso familiar, diversas encuestas o trabajos de investigación directa en las comunidades, muestran que más de la mitad de las unidades productivas en el medio rural ocupan a mujeres y niños y que, lejos de ser económicamente inactivas, las indígenas cumplen jornadas de trabajo de 16 a 18 horas al día.

El censo del año 2000 registró cómo de cada cinco perceptores de ingresos en el medio rural, tres eran hombres y dos, mujeres; el 29.3% de las mujeres rurales participaban en alguna actividad económica. Sin embargo, mientras que sus obligaciones y su horario de trabajo se han ampliado, sus condiciones de vida no han mejorado y continúa sin tener acceso a recursos productivos básicos como la tierra o

el crédito, ni a servicios adecuados de educación o capacitación. Por tanto, las condiciones en que desarrolla sus actividades productivas y reproductivas continúan siendo precarias.

El acceso directo de las mujeres indígenas a la tierra es muy limitado. Si bien, no hay información suficiente en torno a este tema, de acuerdo con datos del Procede, Programa de Certificación de Derechos Ejidales, sólo el 17% de los poseedores de derechos agrarios ejidales son mujeres. Las mujeres en el medio rural tampoco tienen acceso al crédito, ya que sólo el 14% cuenta con préstamos de esa naturaleza y enfrentan cobros de intereses mayores que los establecidos para los hombres.

La información disponible señala cómo durante los últimos 25 años, ha crecido la proporción de hogares mexicanos encabezados por una mujer y esta tendencia ha aumentado particularmente entre los más pobres. En el medio rural e indígena esta situación es más que evidente, dada la intensificación de la migración entre los hombres.

Los hogares con jefatura femenina son principalmente nucleares y monoparentales. De acuerdo con datos del INEGI, el número de hogares rurales con jefatura femenina se incrementó de 529 000 en 1970 a 986 000 en el año 2000 (INEGI, 2000).

El 50.8% de las mujeres indígenas en el medio rural se emplea principalmente en la agricultura, el 20.1% en servicios y trabajan generalmente por cuenta propia, un 41.7% del total, mientras que en la ciudad, su fuerza de trabajo se ocupa en los servicios en un 50%. Su posición en el trabajo en las urbes es generalmente de empleada o bien de obrera en un 56.2%, aunque también trabaja por cuenta propia, un 29% (INEGI, Inmujeres, 2000).

Las mujeres indígenas realizan diversas labores en el hogar, el traspato y la parcela que no son remuneradas pero que constituyen un apoyo indispensable a la economía familiar. Una gran proporción del ingreso monetario obtenido por las mujeres rurales se logra fuera de la parcela y su principal fuente es la remuneración al trabajo. También obtienen ingresos de pequeños negocios y de las transferencias provenientes de instituciones oficiales, vía las becas del programa Oportunidades y los apoyos del Procampo, pero, sin duda, la fuente que le aporta más entradas son las remesas que envían los trabajadores desde Estados Unidos.

Las mujeres indígenas practican diversas actividades en sus hogares y comunidades como la artesanía, la industria a domicilio y otras que son de utilidad para la comunidad como parteras y curanderas (Bonfil, del Pont, 1999: 70-74).

La producción de artesanías se realizaba con fines de consumo doméstico y ceremonial, pero en algunos lugares ha pasado a constituir un oficio que genera ingresos para la familia de las mujeres que elaboran textiles en algodón, lana, alfarería, tejidos de palma o producción de velas: “en las regiones indígenas próximas a centros y circuitos turísticos, las mujeres indígenas han encontrado una importante fuente de ingresos, aún cuando al fijar los precios de venta de sus productos, no incluyan el tiempo ni el oficio invertidos y se conformen con apenas algo más que el costo de las materias primas” (Bonfil, del Pont, 1999: 70-74).

Las labores “tradicionales” que se han articulado a los mercados han significado cambios profundos por las aportaciones económicas en beneficio de las familias y han implicado “también un reconocimiento de su oficio en las comunidades” (Bonfil, del Pont, 1999: 70-74).

La producción artesanal conlleva una serie de dificultades como el endeudamiento, la falta de mercados, la dificultad para adquirir las materias primas, la intermediación, etcétera. Sin embargo, existen múltiples organizaciones de mujeres indígenas nucleadas alrededor de proyectos de producción artesanal tradicionales elaborados con ixtle, palma, textiles, barro, madera, etcétera.

La maquila realizada en el domicilio ha conectado a las mujeres con la posibilidad de tener nuevos aprendizajes, de vincularse a otros mercados y oficios y de obtener un ingreso adicional. Pero en general, todas estas actividades se basan en una subvaloración de la fuerza de trabajo de las mujeres indígenas y en una prolongación de su jornada de trabajo, aun en el ámbito de su hogar.

La Montaña de Guerrero se ha caracterizado por ser una región de autosubsistencia productora de granos básicos, en la mayor parte de su territorio, de algunos productos comerciales como el café, el arroz y otros frutales y hortalizas en la vega de los ríos. Sus diferentes zonas presentan distintas oportunidades para esta actividad dependiendo del clima, de la posibilidad de riego y del deterioro de los recursos, ya que los suelos, boscosos en grandes extensiones, han sido sometidos a un uso intensivo y persistente un grave problema de erosión. Bajo el régimen comunal, que es el que ocupa la mayor superficie, se cultivan pequeñas parcelas en las que predomina el maíz bajo el sistema productivo del tlacolol en el que participa toda la familia durante la época de siembra, en los cuidados y en la cosecha combinándola con la crianza de ganado menor.

En otros sitios, hacia Malinaltepec, hay posibilidades de cultivar café y otros frutales, y hacia la zona

de la Cañada se puede lograr una diversidad mayor de cultivos. De cualquier forma, la producción de maíz se destina a la subsistencia y los demás productos se venden en el mercado local, salvo el café, que tiene otros destinos.

Las mujeres participan en todas las actividades agrícolas al lado del resto de la familia añadiendo a este esfuerzo la elaboración de artesanías textiles, como la confección de distintas prendas y huipiles tejidos en telar de cintura, tejidos de palma, principalmente para la fabricación de sombreros y otros artículos y la producción de artículos de barro. Esta producción artesanal se realiza con dificultades por los precios de los insumos y por las horas de trabajo que implican y que no son pagadas adecuadamente por un mercado restringido.

Desde hace algunas décadas, las mujeres indígenas de La Montaña, empezaron un proceso migratorio hacia las ciudades cercanas a sus comunidades, o bien hacia la Ciudad de México para ocuparse en el servicio doméstico o bien en el mercado ambulante. Generalmente, la mujer indígena acude a mercados de trabajo donde no se requiere calificación ni escolaridad. En este sentido, han sido muy concurridos los campos de las zonas de agricultura más intensiva en su propio estado, como los de la Costa Grande para el cultivo del café, o la Tierra Caliente también en Michoacán. Han recorrido la ruta de occidente hasta Nayarit, Jalisco, Sinaloa, Sonora y Baja California, que ofrecen trabajo temporal.

La migración indígena hacia la Ciudad de México ha sido importante. En ella se registraban, desde 1990, casi medio millón de personas cuyo jefe de familia o cónyuge era hablante de alguna de las 63 lenguas indígenas del país. Las lenguas mayoritarias con presencia en esta urbe, según el censo de ese año, eran el náhuatl, con 49 912 hablantes; el otomí, con 32 321; el mixteco, con 30 379; el primero y el tercero involucran a población guerrerense. A esta población habría que agregar a los migrantes de segunda y tercera generación que no hablan la lengua de sus padres, pero que comparten un conjunto de elementos relacionados con dicha pertenencia étnica (Oehmichen, 2003: 269).

De presencia indígena en las ciudades destacan las mujeres que han migrado solas, con su familia o con sus hijos tejiendo redes desde sus comunidades y se vinculan al mercado informal de comestibles, de productos artesanales, incluso industriales, y sufren siempre un trato injusto y discriminatorio. Las mujeres indígenas también han estado incorporadas al servicio doméstico y han sido detectadas en alrededor de 63 217 hogares sólo de la Ciudad de México y en 16 106 del Estado de México (INEGI, 1990).

Las mujeres indígenas tienen grandes dificultades para acceder a un empleo fijo, a la salud, a la información, a la capacitación y a la educación para ellas y sus hijos; se enfrentan a un medio de violencia en las relaciones intrafamiliares y extra familiares que se agrava en las relaciones entre diferentes generaciones. En este contexto, las mujeres indígenas sufren una forma adicional de discriminación y exclusión: la genérica. Sin embargo, las mujeres que migran a la ciudad se han ido adaptando debido a que “el trabajo en la ciudad amplía el espacio de desenvolvimiento de las indígenas que establecen nuevas relaciones con sus empleadores, las instituciones y sus propias familias, lo cual determina muchas veces, que se replanteen a sí mismas, a su cultura y a su espacio” (Thacker Gómez Rivas, 1997: 23). Sin embargo, no se trata de un camino en línea recta o carente de dificultades, ya que el medio urbano les presenta un contexto de relaciones discriminatorias y violentas.

De acuerdo con datos publicados por el INEGI, el destino de los emigrantes guerrerenses se situaba, en 1995, en el estado de Morelos de manera preferente (18.2%); en segundo lugar, en el Estado de México (14.6%); en tercer lugar, el Distrito Federal (13.8%); el estado de Michoacán, en cuarto sitio (9.5%); el de Sinaloa en quinto lugar (7.8%), y los de Jalisco y Baja California en sexto y séptimo sitio, respectivamente.

En el año 2000, la proporción de población emigrante se elevó en la entidad al 21.51% y también el saldo neto migratorio se hizo más deficitario a —15.80%. Sin duda, la causa principal de la migración es la búsqueda de trabajo (11.56%) y el cambio del lugar del mismo (10.17%), además de la reunión o búsqueda de la familia (24.71%). La migración internacional sigue siendo mayoritariamente masculina, de acuerdo con los datos más recientes de que se dispone: el 71.72% fueron hombres y el 28.28%, mujeres, tratándose además de población joven, ya que el 58.50% tenía entre 15 y 24 años (INEGI, Guerrero, 2000).

Si bien el saldo migratorio global en el estado es de 13.66%, entre los hombres es de 10.78% y el de las mujeres alcanza el 16.40%. Sin embargo, las mujeres migran menos armadas para trabajar en mejores condiciones, ya que si bien la mayor parte de los migrantes tienen al menos estudios de primaria, la proporción de mujeres migrantes sin ninguna instrucción supera la de los hombres.

Entre los distintos tipos de migración de la población guerrerense, sobre todo, de la población indígena, se encuentra el trabajo de jornaleros a distintas regiones que ofrecen empleo sólo por temporadas. El censo del año 2000 detectó una pobla-

ción guerrerense migrante de 30 000 personas que salen anualmente a los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Morelos, Tierra Caliente y a la Costa Grande y Acapulco, en el mismo estado. Esta población trabaja en la siembra, poda, deshierbe, cosecha de productos como las hortalizas, el tabaco, el café, la caña, los cítricos, los frutales. Se trata de población indígena integrada en un 50% por menores de 18 años y por un 53% de hombres y un 47% de mujeres con un nivel de analfabetismo que raya en un 33%. Tan sólo de 14 276 jornaleros del estado de Guerrero, que se detectaron en el estado de Sinaloa en el ciclo 93-94, 9 997, el 70%, tenía como origen cinco municipios de la región de La Montaña ubicados en sus distintas zonas; en Chilapa, de La Montaña Baja, con población nahua, el 17%, en Tlapa de Comonfort, en La Montaña Alta, con población de distinto origen étnico; el 14.8%, en Alcozauca, con población Mixteca; el 13.4%, en Metlatónoc con población Mixteca; el 10.5% y en Ahuacutzingo, el 13.5% con población nahua. (Diagnóstico estadístico de jornaleros migrantes en campos agrícolas de Sinaloa, Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas, 1994.)

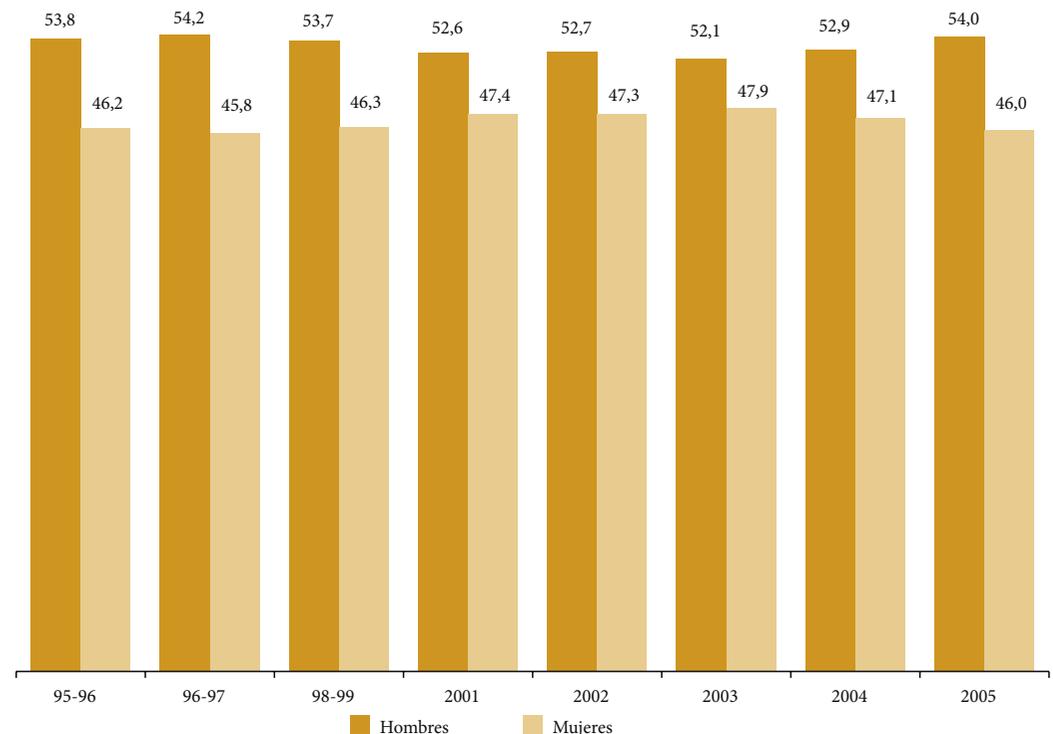
Es destacada la presencia de la mujer indígena guerrerense en los campos de trabajo de Sinaloa, ya que desde el ciclo de 1993-1994, ha representado un

poco más del 47% de los jornaleros migrantes; dicha proporción baja levemente entre la población nahua (46%) y se eleva dicho promedio hasta en un 50% cuando se trata de población tlapaneca que superó la presencia masculina con un 51.5% en el ciclo 1994-1995 (Pronjag, 1994: 70-75). Es interesante destacar que la edad de las mujeres migrantes se concentra entre los 10 y los 30 años, por lo que se trata de mujeres jóvenes y en edad reproductiva.

De acuerdo con la información disponible, para 2003 y 2004, los lugares de destino y la cantidad de población migrante son diversos de acuerdo con el ciclo anual, como puede verse en los siguientes cuadros. De todas formas, el porcentaje de mujeres que migra de la región de La Montaña Alta, de municipios como Metlatónoc, Tlapa, Copanatoyac, Xalpatláhuac, Alcozauca, Atlamajalcingo el Monte, Atlix-tac, Malinaltepec, Zapotitlán, Acatepec y Alpoyeca principalmente, representa al 49% de los migrantes.

En la migración hacia Sinaloa, la población masculina y femenina no tiene numéricamente grandes diferencias: la proporción no varía mucho en los diferentes años. Es claro que los hombres y mujeres han migrado más en los últimos años, tendencia que se ha disparado a partir de 2002 y siendo una tendencia casi paralela, puede observarse el predominio de este tipo de migración como una estrategia familiar.

Gráfica 1. Comportamiento histórico de población migrante distribuido por sexo (% anual periodo 1995-2005).



Fuente: Registros anuales del programa de atención a jornaleros agrícolas, delegación Guerrero.

Entre los aspectos que influyen en una mayor ocupación de mujeres y niños para el trabajo de jornaleo agrícola están el proceso o tipo de trabajo que se realiza y el cultivo que se produce (Sedesol, 2001: 31). Se puede indicar que si bien existe una tendencia al incremento de la incorporación de las mujeres, éste se da en los estados donde se producen hortalizas, como Baja California, Baja California Sur y Sinaloa. Se observa un porcentaje menor de mujeres en los estados intermedios, donde se combina la producción de hortalizas con frutales y productos agroindustriales, como Morelos, San Luis Potosí, Veracruz, Jalisco y Puebla, donde hay pequeños y medianos productores con bajos niveles de inversión por hectárea, en comparación con los grandes agricultores (Sedesol, 2001: 31).

Acerca del trabajo de las mujeres, los datos que arrojan las encuestas del Programa de Jornaleros Agrícolas indican un índice de feminización de 50.79%: de cada 100 jornaleros, existen 50 mujeres jornaleras. Dicho índice depende de la región de que se trate, ya que en las costas y centro de Sinaloa, supera el 75% (Sedesol, 2001: 32).

La incorporación de las mujeres a estos mercados de trabajo se ha favorecido, ya que conforman una parte segura y esforzada de la fuerza de trabajo jornalera, y la presencia de las mujeres en los campos reduce los costos en alimentación, limpieza y cuidado de los niños, además, ella garantiza la unidad familiar cuando falta la cabeza masculina (Barrera, 2000).

En estos mercados de trabajo se admite a las mujeres con su familia, sin hablar la lengua castellana, sin saber leer, con las condiciones de instrucción y de calificación que poseen. A las empresas les interesa que sean campesinas y que sepan trabajar la tierra.

La vulnerabilidad de la población indígena y en particular de las mujeres se finca en las condiciones en que ya llegan a los campos: en primer lugar está el monolingüismo, más agudo entre las mujeres de todas las edades, pues entre las niñas es mayor al de los niños con un 10.8% y 9.4% respectivamente. También es claro entre las mujeres mayores que no hablan castellano, en un 32.5%, superior al de los hombres, que es de 31.9%. Es importante el modelo que se está implementando para educar a niños migrantes, pero su cobertura atiende sólo al 30% de la demanda. Otros elementos desventajosos para la mujer son sus niveles de instrucción y sus condiciones de salud deterioradas desde su vida comunitaria y que no mejoran en los campos de trabajo con malos servicios, pocas prestaciones y bajos salarios.

Las mujeres que son cabeza de familia tienen que migrar con sus hijos, pues es la única forma de incre-

mentar sus ingresos y buscan sitios donde el trabajo de los menores sea permitido, como en los estados de Sinaloa o Baja California.

Para la mujer, la migración forma parte de sus estrategias de sobrevivencia, pero su condición de género hace más difícil esa posibilidad porque viaja con niños que ella tiene que cuidar o porque está embarazada; sus jornadas son más prolongadas porque se hace cargo del trabajo doméstico en los albergues con servicios precarios de agua, luz, gas y condiciones deficientes para elaborar los alimentos. Si bien la presencia de la mujer en los campos permite ahorros a la familia, ya que como se mencionó más atrás, hace la comida, aseaa la casa y lava la ropa, la intensificación de su esfuerzo ha ido en detrimento de su salud por las largas jornadas que realiza si se toma en cuenta que la mujer trabaja en el surco al mismo ritmo que el varón: en Sinaloa, su jornada se inicia a las 4:00 a. m. con la preparación del desayuno y la comida que se llevarán al campo; a las 5:00 a. m. los vehículos de los campos pasan por la familia y la jornada empieza a las 6:00 a. m. y termina a las 6:00 p. m. Todos regresan a su casa a las 7:00 p. m. cuando las mujeres se incorporan al quehacer de la casa.

Algunas empresas cumplen con la obligación de afiliarlas al seguro social, pero en el caso de que la mujer dé a luz, no se les respeta la ausencia de un mes antes y después del parto, simplemente, no se le paga hasta que empiece a trabajar. "Las embarazadas trabajan hasta antes de nacer el niño. Al nacer no hay cuarentena; se van con sus niños en la espalda, no les gusta dejarlos chiquitos en la guardería" (Calderón, 2001).

Hasta 1998 se les otorgó el derecho a recibir los beneficios del régimen obligatorio de la seguridad social. Sin embargo, muchos jornaleros no cuentan con la documentación formal que se necesita y así, el seguro evade la responsabilidad de protegerlos. Es evidente que un 90% de los jornaleros que acceden al Seguro Social están destinados a ser atendidos sin la infraestructura adecuada y con médicos insuficientes, además de que no tienen derechos a incapacidad por alguna enfermedad o en los casos de embarazo. Al igual que los hombres, las mujeres no tienen derecho a pensión por antigüedad (Domínguez y Nemeccio, 2005: 140).

De acuerdo con diversos testimonios, la situación de las mujeres durante el traslado y la estancia en los campos es más delicada pues han sido víctimas de agravios y violaciones.

Además de la afectación a su salud que viven los migrantes jornaleros desde sus comunidades de ori-

gen, en los campos de trabajo aumentan los riesgos a que están expuestos. No se protege adecuadamente a mujeres y hombres para trabajar; en la mayoría de los campos, principalmente en los estados de atracción, como Sinaloa, la vulnerabilidad de la salud de los jornaleros agrícolas aumenta porque no se les proporciona el equipo indispensable para el manejo de agroquímicos, de ahí los casos de intoxicación y envenenamiento, ya que trabajan sin cubrebocas o guantes. La falta de protección ante las extensas jornadas de trabajo, han provocado casos de deshidratación e insolación.

La salud de las mujeres jornaleras se ve afectada de manera particular porque cuando deciden salir a trabajar no les importa el tiempo de embarazo o si su parto es reciente. La encargada de la asistencia a la salud entre los jornaleros comenta que:

por lo regular, uno de los problemas que tienen los migrantes en La Montaña, es que hasta que se les ve la pancita es que se dan cuenta de que sus esposas están embarazadas, mientras, ellas no lo dicen. A nosotros, esto nos pasa a afectar porque no llevamos un control desde el inicio de su embarazo, sólo hasta que están en el 5° o 6° mes. No podemos llevar un control, se les daría una cartilla. Se han registrado mujeres que han tenido a sus niños con dos días o con un día de anticipación y les llega una hemorragia en el camión y así se van porque el marido se la lleva y las tienen que llevar al hospital (Entrevista con la encargada de salud, Programa con Jornaleros Agrícolas, Tlapa, Gro. 2006).

Los riesgos son grandes y no hay gran sensibilidad para atender a la población jornalera que procede de lugares distantes. En un testimonio se comenta sobre los problemas de salud en los campos agroindustriales de Sinaloa.

Mi hija se nos murió. Mi patrón, que yo le decía que me ayudara pues, pero lo que pasa es que sí me dieron mi pase, pero de ahí que llegué al Seguro Social, me pedían mi identificación, el registro civil de matrimonio. Entonces, por esa parte no me atendieron los doctores de allá en Sinaloa, fui y me rechazaron y estuve por la tarde buscando en los sindicatos y el patrón me dio un recibo, pero es que me pedían el acta de registro civil y decían que no me aceptaban; —aquí no recibimos gente así, queremos con registro civil de matrimonio (Foro “Migrar o morir”, de Tlachinollan, 2006, migrante jornalero de Chilapa).

Mujer de La Montaña, actora de dos mundos

La población de La Montaña ha migrado temporalmente o de manera permanente hacia el puerto de Acapulco donde ha fundado diversas colonias, una de las cuales ha servido de referencia para diversos estudios sobre este tipo de migración indígena. Se trata de la colonia la Chinameca, donde se han ido ubicando familias provenientes de la zona mixteca de La Montaña, concretamente, del municipio de Xalpatláhuac y de la comunidad de Tlaxco. Dicha colonia se fundó hace más de dos décadas. “Primero salieron los hombres jóvenes y adultos quedándose las mujeres con sus antiguos roles y asumiendo en sus familias y en su comunidad nuevos papeles y representaciones hasta entonces exclusivos de los hombres” (Barroso y Canabal, 2005: 3). Las familias completas no se trasladan hacia Acapulco, en las comunidades se quedan los abuelos y algunas parejas dejan a sus hijos pero de manera provisional ya que después vuelven por ellos para insertarlos a las instituciones educativas del puerto. De acuerdo con una encuesta realizada en 2002 (Barroso, Montalvo y Figueroa, 2003) las causas de la emigración hacia Acapulco entre los habitantes de la colonia la Chinameca fueron, en el 92%, la búsqueda de trabajo y dinero, y, en el 30%, el acceso a una mejor educación para los hijos.

El municipio de Acapulco de Juárez registró, en el año 2000, una población de 722 499 habitantes, con el 52% de mujeres. La inmigración ha sido muy elevada en este puerto y, actualmente, concentra casi al 25% de la población estatal; la población indígena estaba integrada, en 2000, por 10 269 habitantes hablantes de lengua indígena entre las que predomina el náhuatl y el mixteco.

Hemos señalado en otros lugares que el movimiento de estos migrantes se relaciona en gran medida con estrategias familiares que determinan la forma en que se decide y se realiza la salida del pueblo de origen y la llegada a las colonias de Acapulco. En la encuesta citada se percibe claramente que los migrantes de Tlaxco salieron mayoritariamente como familia (84%), con un familiar o pariente (10%) o bien, minoritariamente, solos (6%).

“De Tlaxco salieron las mujeres, pero no lo hicieron solas, sino a través de las redes de solidaridad que se extendieron hasta lograr el asentamiento sólido de cada familia en Acapulco. Se asentaron en la colonia llamada Chinameca y lo interesante es que tal proceso de solidaridad entre las mujeres continúa [...]” como también entre todos los integrantes de la colonia. En el caso de las mujeres de la Chinameca, se

La mujer y la niña jornalera agrícola. Propuesta de una política pública

*Alexandra Aguilar Bellamy**

En los últimos años, la migración interna así como la internacional se ha convertido en uno de los temas más importantes de la agenda pública de México ante la importante contribución económica que este sector de la población representa. En las zonas rurales, la falta de tecnología y diversificación de productos, aunada a la debilidad de mercados locales y regionales, así como la falta de oferta laboral en las zonas urbanas, hacen que los recursos provenientes de las familias migrantes, se conviertan en el único medio de muchas familias pobres para continuar con su vida cotidiana.

Si bien la migración internacional representó la pérdida productiva para el país de entre 400 y 500 mil personas al año durante el sexenio de Vicente Fox (2000-2006), la cantidad de personas que anualmente se trasladan desde su lugar de origen a otro lugar dentro de la República Mexicana para trabajar y residir de manera temporal asciende, según cifras oficiales, a 2.3 millones de personas; la mayoría de los cuales se contratan como jornaleros agrícolas.

Los jornaleros agrícolas representan uno de los sectores más desprotegidos de nuestro país, no sólo en su condición de trabajadores del campo, ya que no existe una figura jurídica explícita que los defina como sujetos de derecho, sino también en su condición de género, de grupos indígenas, de jóvenes, de niños y de seres humanos. La creciente economía global, así como con el avance en la defensa de los derechos humanos, han enfatizado las contradicciones ante las condiciones de vida que experimentan los trabajadores agrícolas, a pesar de ser activos participantes en la cadena de producción global de una industria exitosa. Ante este fenómeno, el gobierno mexicano ha tenido dificultades para elaborar políticas y programas públicos enfocados a apoyar a este sector de la población.

En los últimos años han emergido algunas iniciativas sectoriales que han buscado atender a la población jornalera. Desde el sector educativo, la Comisión Nacional de Fomento Educativo (Conafe) y el Programa de Educación Primaria para Niñas y Niños Migrantes; desde el ámbito de salud, el programa “Vete Sano, Regresa Sano”, de la Secretaría de Salud, y en la cuestión laboral, la Secretaría de Trabajo, con su programa de Apoyo a Jornaleros Agrícolas. Sin embargo, el único programa que atiende de forma integral a los jornaleros es el Programa Nacional de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA), a cargo de la Secretaría

de Desarrollo Social. Desde 1997, este programa orienta principalmente sus acciones a la atención del conjunto de las familias jornaleras agrícolas en diversos ámbitos como la vivienda, procuración de justicia, alimentación, salud y educación a partir de un trabajo de seguimiento y monitoreo por parte de trabajadores sociales en los campos agrícolas.

Un alto porcentaje de la población que sale de sus lugares de origen —alrededor del 70%— no percibe ninguna atención institucional y se enfrentan a una situación de vulnerabilidad y explotación en sus derechos tanto laborales como humanos. En el caso de las mujeres y las niñas, esta situación se intensifica dadas las jornadas dobles y triples que tienen que cumplir en los campos agrícolas por su condición de género y por los contextos culturales, sociales y económicos que determinan las relaciones dentro de los mismos.

Por lo general, la situación de mujeres y niñas jornaleras responde a los comportamientos tradicionales que determinan sus relaciones familiares y sociales de regreso en sus comunidades, así como por los indicadores básicos de desarrollo de las entidades federativas de origen, lo que reduce el margen de incidencia de las políticas públicas en el corto plazo. Sin embargo, la observación de la vida cotidiana de las jornaleras permite identificar algunos elementos que —por medio de una intervención intersectorial e interinstitucional— logren mejorar sus condiciones de vida.

Este trabajo aborda el caso de las mujeres y niñas jornaleras del estado de Guerrero que salen a trabajar a los campos agrícolas del norte del país, principalmente en Sinaloa. Si bien es difícil generalizar la situación de las jornaleras a partir del estudio de algunos campos —dada la variabilidad en la infraestructura de cada uno— sí es posible identificar algunos lineamientos generales que permitan mejorar las condiciones de vida de las jornaleras guerrerenses, tomando en cuenta las características sociales y culturales que las determinan. La primera parte de este trabajo hace una presentación breve de los niveles de desarrollo social, las condiciones de género y el fenómeno de la migración jornalera en el estado de Guerrero; la segunda parte esboza la situación de las jornaleras agrícolas en los campos de trabajo; la última parte avanza algunas recomendaciones de política pública para enfrentar las grandes carencias y tratos injustos a los que se enfrentan las mujeres y niñas jornaleras.

*Investigadora sobre Migración, Cambio Social y Políticas Públicas. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

El estado de Guerrero y la población jornalera agrícola

El desarrollo social y de género

El estado de Guerrero es la tercera entidad con mayor número de jornaleros agrícolas (después de Zacatecas y Michoacán). Cada año, miles de trabajadores salen hacia los campos agroindustriales en el norte del país para buscar su sobrevivencia, ante la falta de oportunidades en el estado. Guerrero ocupa el lugar 30 a nivel nacional en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) que mide el logro promedio de un país, estado o municipio u otra división geográfico-administrativa, en tres dimensiones del desarrollo humano: longevidad, esperanza de vida, conocimientos, logro educativo y nivel de vida digno; ingresos —PIB real per cápita, lo que explica la tasa elevada de expulsión de la fuerza laboral hacia otras regiones del país y hacia Estados Unidos; asimismo, alberga el municipio más pobre del país, lo que refleja el grado de desigualdad, marginación y desgobernabilidad en que se encuentra la entidad.

Según el Censo de Población y Vivienda 2005, sólo el 23.7% de la población es derechohabiente de algún servicio médico —con respecto a 46.9% a nivel nacional— y la tasa de matriculación es de las más bajas en el país (ver cuadro 1).

El nivel de subdesarrollo se acrecienta aún más al observar los indicadores principales desde una perspectiva de género. Según PNUD (2006), las estimaciones del Índice de Desarrollo Relativo al Género (ajusta el progreso medio tomando en consideración, los tres indicadores del IDH pero con respecto a las desigualdades entre hombres y mujeres, IDG) para 2003 señalan a Guerrero como la entidad que registra mayores pérdidas en

Cuadro 1. Indicadores básicos de salud del estado.

| Indicador | Valor |
|--|--------------|
| Esperanza de vida al nacer | 73.18 |
| Tasa de alfabetización de adultos | 80.23% |
| Tasa bruta de matriculación | 63.72% |
| Producto interno bruto (dólares/año) | 4,584 |
| Índice de salud | .8031 |
| Índice de educación | .7473 |
| Índice de ingreso | .6384 |
| IDH | .7334 (2003) |
| Clasificación nacional IDH | 30 |
| Clasificación PIB-IDH | - 3 |
| Índice de Desarrollo Relativo al Género (IDRG) | .7198 |
| Clasificación IDRG | 30 |
| Índice de Incidencia Delictiva (id) | 38.55 |
| Posición ID | 6 |

Fuente: INEGI 2000 y 2005; pnud (2006).

términos de desarrollo cuando se toman en cuenta las diferencias por sexo en los componentes del IDH. En lo que se refiere a la población indígena en la entidad, los índices de marginación son aún más elevados que en las localidades no indígenas, condición que se acrecienta con la diferencia de género.

Estos indicadores resultan significativos para afirmar que ser mujer indígena que vive en zonas rurales es un factor que se traduce en niveles más elevados de pobreza, marginación y falta de oportunidades para su desarrollo personal.

El fenómeno de la migración jornalera guerrerense

Según las cifras oficiales, alrededor de 36 000 jornaleros salen del estado anualmente. Sin embargo, según los testimonios de los funcionarios del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) en el estado, se presume que en realidad esa cantidad se eleva hasta 75 000 guerrerenses contratados como peones agrícolas. El número de migrantes en las tres regiones de Guerrero (Centro, Montaña y Costa Chica) se ha mantenido estable en los últimos dos años, aunque recientemente se experimentan salidas a lo largo del año, lo que antes sólo se observaba en meses específicos. De los jornaleros registrados por el PAJA, la gran mayoría sale rumbo a Sinaloa (75%). Esto no significa que en efecto Sinaloa sea el destino número uno de los guerrerenses, más bien se explica porque los contratistas sinaloenses se han comprometido —en su mayoría— a registrar a sus trabajadores con el PAJA.

La población indígena en Guerrero representa el 14.1% de la población en la entidad, con una diversidad étnica compuesta principalmente por nahuas, mixtecos, tlapanecos y amuzgos (ver cuadro 2). El fenómeno de la migración en Guerrero es eminentemente indígena, ya que alrededor del 84% del total de jornaleros registrados por el PAJA se identifican como tal o hablan alguna lengua indígena. Este dato resulta muy significativo, ya que parte de las violaciones a los derechos de la población jornalera tiene que ver con el reconocimiento de su identidad étnica así como de sus usos y costumbres.

La población indígena de la entidad por lo general se encuentra en localidades rurales con menos de 2 500 personas y con poco acceso a bienes y servicios básicos. Esto hace que entre todos los municipios de la entidad federativa, los municipios y las localidades indígenas se encuentren entre los más pobres

Cuadro 2. Presencia indígena.

| Grupo étnico | Presencia estatal |
|--------------|-------------------|
| Nahuas | 35.2% |
| Mixtecos | 28.8% |
| Tlapanecos | 24.0% |
| Amuzgos | 9.8% |
| Otros | 2.1% |

Fuente: INEGI 2005.

y con los mayores niveles de desnutrición (63%); asimismo, se encuentran los niveles más bajos a nivel de educación, salud y vivienda (ver cuadro 3).

Por lo general, la sobrevivencia depende de la cosecha de autoabastecimiento y de los empleos temporales, ya sea en las localidades urbanas cercanas o en centros agrícolas más desarrollados en otras entidades.

En el caso de Guerrero, las familias han jugado un papel importante en el ciclo migratorio, ya sea en la comunidad de origen o en los campos agrícolas. Anteriormente, por lo general, los hombres salían a trabajar fuera de la comunidad para traer los recursos necesarios, sin embargo, en los últimos años se ha experimentado una tendencia también hacia la feminización en los flujos migratorios. Según los datos recogidos por el PAJA en 2005, más del 52% de los jornaleros que salieron fueron mujeres, lo que es indicativo del papel tan importante que están cumpliendo para lograr remuneraciones económicas. Para las mujeres que permanecen en la comunidad, la migración no ha impactado de manera importante en la diversificación de actividades en lo familiar, pero sí ha generado una reasignación de las actividades entre sus miembros. La mujer, paulatinamente, va tomando el papel del hombre en lo que se refiere a la participación política en la comunidad o en la comercialización de los excedentes que no se utilizan en el autoconsumo. Asimismo, se encargan de la supervisión del trabajo en la milpa, el cual generalmente recae en los hijos hombres más grandes. En el caso de las hijas, por lo general la más grande, sacrificarán su educación por compartir las labores domésticas con la madre y el cuidado de los hermanos más pequeños.

Las mujeres y los hijos que acompañan al hombre, anteriormente procuraban los alimentos y el acondicionamiento de la vivienda; en años más recientes, la migración tanto de mujeres como de niños está más relacionada con la necesidad de obtener un empleo remunerado y un recurso adicional al ingreso familiar. En este sentido, la Secretaría de Desarrollo Social señala que cada vez se suman más mujeres, quienes laboran jornadas de más de ocho horas con salarios inferiores al mínimo general de 42 pesos.

Por otro lado, el fenómeno de jornaleros es claramente de jóvenes —y en especial— en el caso de Guerrero. Según el estudio realizado recientemente por Sedesol (2003), la mayor porción de los jornaleros migrantes (65.6%) se encuentran en un rango entre los 15 y 35 años de edad, seguido por el rango que va de los 36 a los 55 (18.1 %). La población indígena sigue casándose muy joven, por lo que empiezan a salir muy pronto a trabajar para mantener a sus nuevas familias. Para muchos, los hijos son un recurso de mano de obra y esto es agravado por la política de contratación de los enganchadores, quienes prefieren contratar a hombres y mujeres con familias, más que a personas solas, como estrategia para comprometerlos a terminar su contrato. Es así como la migración jornalera ha tendido a convertirse en una opción de inserción temprana al trabajo de jóvenes y niños,

aunque tampoco hay que olvidar que también representa una forma de reproducción intrageneracional del conocimiento en torno al trabajo agrícola.

El trabajo infantil

El trabajo infantil sigue siendo uno de los grandes pendientes en las agendas públicas nacionales e internacionales, dada la violación flagrante a los derechos de la niñez. La pérdida de rentabilidad de las tierras de los campesinos pobres, empuja a las familias a que un mayor número de sus miembros se inserten dentro del círculo laboral, muchas veces incluyendo a los más jóvenes de la familia. Se calcula que en México hay entre 400 mil y 700 mil niños y niñas jornaleros migrantes, de entre 10 y 14 años de edad, con rezago escolar porque migran a los polos de desarrollo agrícola (Galán, 2004) y se estima que su trabajo aporta alrededor de 30 por ciento del ingreso familiar (Velasco, 2005).

Los datos sobre el trabajo infantil de los jornaleros guerrerenses indican que del total de los 35 246, el 44.4% son menores de 14 años, casi la mitad del padrón. Éstos migran con sus familias, no necesariamente a trabajar, pero muchos de ellos lo harán. En el caso de Sinaloa, el 53% de la población infantil entre 6 y 11 años que llega a los campos trabaja, así como el 93.5% de los niños entre 12 y 14 también lo hace (Grammont & Lara, 2004). En algunas comunidades son los contratistas, incluso, los que solicitan a niños de 12 a 14 años para trabajar en los campos; sus manos y su cuerpo pequeño les permite hacer actividades como limpiar de yerbas la cosecha o cortar el chile con mejor calidad que los mayores.

La vida en los campos

La visión femenina del trabajo agrícola

Tanto en las comunidades como en los campos, las mujeres son partícipes de todo el proceso de producción agrícola (limpia, surcado, cultivo, abonado), incluyendo el trabajo con los animales. Si bien en la comunidad existen diversas estrategias de intercambio y recolección de plantas silvestres y de “excedentes” de maíz y otros productos de la milpa que ayudan a completar la dieta familiar y a diversificarla, en los campos las mujeres realizan estos mismos intercambios con otras familias y con los vendedores ambulantes que llegan a ofrecerles todo tipo de productos. Aunque la mujer y los hijos ganan lo mismo que el hombre cuando migra, sus jornales siguen, de alguna manera, siendo vistos como complementarios al del hombre.

En los campos, la vida privada se reduce al mínimo. Las viviendas o “galerones” que han sido acondicionadas para recibir a los jornaleros, no dan oportunidad de tener vida íntima entre las parejas, ya que se comparten entre seis o incluso ocho perso-

nas. Para muchas jornaleras, lo que más falta hace es el espacio para tener sentimientos de cariño. Por lo general la población jornalera guerrerense no externa fácilmente sus relaciones afectuosas, pero al encontrarse con personas de otros lugares, las diferencias se hacen evidentes.

El trabajo del día, el cansancio y la falta de expectativas para que cambie su circunstancia en el mediano plazo hacen que las relaciones se mantengan bajo un contrato de mutuo interés.

En los campos, las mujeres están expuestas a largas y agotadoras jornadas laborales, con mínimos espacios de esparcimiento. Por lo general, de regreso en sus comunidades, las mujeres no dejarán de realizar las labores que hacían. Además de tener que adecuar la vida familiar en viviendas con condiciones habitacionales sumamente precarias y preparar los alimentos cotidianos, las mujeres salen a trabajar al igual que el resto de los hombres antes de que despunte el sol. Al regresar, después de preparar y dar los alimentos a todos los miembros de la familia que hayan salido a trabajar, toca el turno de asearse y lavar la ropa para después tener que preparar el almuerzo del día siguiente. Mientras, los hombres descansan en las hamacas colgadas afuera de las viviendas o juegan fútbol en el campo aledaño.

Para muchas mujeres y niñas, llegar a los campos agrícolas significa escaparse de una situación severa de pobreza; para otras, significa enfrentarse a momentos de humillación y vejación. Las condiciones sanitarias siguen siendo uno de los problemas más apremiantes para las jornaleras. Si bien en muchos campos ya se han instalado baños y regaderas, estas últimas siguen siendo colectivas con poco espacio para el pudor y la intimidad. Según testimonios de varias jornaleras entrevistadas, la vergüenza de ser vistas por otras mujeres, en ocasiones las inhibe de bañarse. En los lugares donde no existe ni siquiera esta infraestructura, resulta aún más humillante. En el caso de las jóvenes, este sentimiento se intensifica al experimentar una etapa de cambio físico y psicológico.

Las mujeres jornaleras por lo general están particularmente expuestas a riesgos que vulneran su integridad física, situación que tiende a ser más crítica entre más precaria es la condición de vida en que se encuentre la persona (Cortés, 2005: 55). En un trabajo elaborado por Palacios y Moreno (2004), se encontró que las enfermedades referidas con mayor frecuencia en jornaleras y jornaleros fueron infección de vías respiratorias superiores (26%), infección intestinal (8.7%) y anemia (6.3%). Sin embargo, en el examen sanguíneo se detectó este último padecimiento en 25% del total de la población, en 55% de las mujeres y en 51% de los y las menores de 14 años de edad.

Al analizar las diferencias en la frecuencia de las enfermedades referidas de acuerdo con el sexo, se encontró que las mujeres tuvieron una prevalencia 5.6 veces mayor para anemia que los hombres, el doble para infección aguda de vías respiratorias e infección intestinal, seis veces más para asma, dos más para la presencia de parásitos y 38% más para enfermedades del cora-

zón, mientras que los hombres tuvieron 87% más posibilidad de presentar bronquitis.

Estas condiciones de género se entrecruzan con los factores de carácter étnico y de clase social. Así parecen mostrarlo las diferencias en la frecuencia de enfermedades y síntomas entre hombres y mujeres. El hecho de que 55% de las mujeres haya presentado anemia duplica lo reportado en la Encuesta Nacional de Nutrición, en la cual se menciona 22% para el área rural. La prevalencia de esta enfermedad fue seis veces mayor para las mujeres que para los hombres. Según el estudio, desde el punto de vista biológico, la mayor frecuencia de anemia en las mujeres podría explicarse por los sangrados menstruales, una dieta pobre en aporte de hierro y la presencia de parasitosis.

Aunado a esto, se encontró que especialmente los migrantes provenientes del estado de Guerrero —entidad en la que se ha reportado la mayor frecuencia de tenosis en el país—, se registra una mayor prevalencia de desnutrición en niñas y en familias donde el padre tenía una ocupación no calificada y un menor ingreso. En las mujeres adultas estos resultados se explican por el mayor desgaste físico por la doble jornada laboral, lo que requeriría de un alto ingreso de energía con el que no cuenta. Se ha reportado que estas condiciones de trabajo que se desarrollan durante la etapa de reproducción biológica aumentan la morbilidad materno-infantil en las jornaleras migrantes. Además de la anemia y las parasitosis, las infecciones intestinales fueron las mayormente referidas (Palacios y Moreno 2004).

Los agroquímicos, en la región del Valle de Culiacán, también representan una de las graves amenazas a la salud de las jornaleras, que aunada a los niveles de malnutrición, se convierten en sentencias de muerte en el mediano plazo. En un estudio reciente realizado por el PAJA de Sinaloa, se encontraron diversos casos de leucemia entre los y las jornaleros, enfermedad que ha sido relacionada con el contacto con agroquímicos (datos aportados en entrevista por el profesor Carlos Loza, Comisionado de Derechos Humanos en Sinaloa y corroborados por el coordinador del PAJA en el estado). Sin embargo, esta información no ha sido hecha pública, ya que dañaría la inversión económica en la región, dejando desprotegida a la población jornalera.

Entre más temprana sea la edad en que se entra en contacto con los agroquímicos, el riesgo de enfermedades terminales es mayor. Para las niñas jornaleras, la temprana inserción en el trabajo jornalero las pone en este riesgo ante la falta de información y equipamiento que se observa en todos los campos de Culiacán.

Otro de los problemas en cuestión de salud que se ha observado entre la población migrante, especialmente en las mujeres, han sido los problemas de obesidad asociados al mayor consumo de alimentos baratos, altos en calorías pero de bajo contenido nutricional (Aguilar, 2006; Cortés, 2005). La comida “chatarra”, así como los refrescos gaseosos, son los alimentos priorizados por las familias jornaleras en su estancia en los campos, ya que

producen una sensación de saciedad al igual que estimulan el sistema nervioso con el alto contenido de carbohidratos.

Para algunas mujeres de la tercera edad, así como para niñas adolescentes, la nueva infraestructura promovida por el PAJA les ha dado oportunidad de tener empleos fuera de los campos agrícolas. Tal es el caso de los puestos en las guarderías que atienden a los niños de los jornaleros. Si bien esto puede verse como una cuestión positiva, dado que el trabajo es menos pesado que el de jornalero, también implican varias horas de trabajo por un pago mínimo y sin ninguna capacitación pedagógica. Por otro lado, también implica que la calidad de atención a los niños no es la adecuada por la falta de personal especializado y la enorme demanda del servicio por parte de los jornaleros.

Esta falta de calidad se traduce en desconfianza por parte de las madres jornaleras, así como el incremento de enfermedades contagiosas entre los niños, lo que va mermando el interés en el servicio. Para muchas madres resulta más seguro llevarse a los niños pequeños a los surcos, donde entran en contacto con residuos de agroquímicos y ponen en riesgo su salud.

Tres elementos más cierran la experiencia de vida de las mujeres y las niñas en los campos agrícolas. El primero se refiere a los abusos y maltratos que reciben, no necesariamente por el personal del campo, sino por parte de miembros de su propia familia o de otros jornaleros. En cualquiera de los casos, todos los abusos permanecen impunes ante la falta de acceso a una atención especializada —médica, psicológica y jurídica— en caso de abuso y/o maltrato. En el caso de las niñas y las jóvenes, esto es aún más grave por la afectación que tiene en sus proyectos de vida futuros.

Las mujeres y niñas indígenas, recurrentemente ven menoscabada su identidad y sus formas tradicionales de expresar su cultura. En los campos existe poco espacio para la convivencia y la reafirmación de los rasgos culturales. La lengua es menospreciada por los capataces y los profesionistas a cargo de la población jornalera. Ante la eventualidad de tener que recurrir a instancias jurídicas, las jornaleras no tienen acceso a traductores especializados que les den un acercamiento equitativo a la justicia. Las vestimentas, así como sus celebraciones tradicionales no tienen reconocimiento y por lo tanto se reservan para el interior de sus viviendas. La importante transmisión intergeneracional del conocimiento y de la cultura se van perdiendo poco a poco ante la descontextualización del tiempo-espacio al que se somete la población jornalera; en el caso de las mujeres y las niñas indígenas, esto significa la falta de tiempo para realizar actividades trascendentes para su formación identitaria como son la práctica del bordado, las danzas, la elaboración de comida y la portación de vestimentas tradicionales.

Por último, un elemento que afecta la calidad de vida de todos los jornaleros y jornaleras es la falta de opciones de ahorro y cobijo de bienes. Si bien en algunos campos las viviendas cuentan con puertas y cerrojos, la seguridad de los bienes representa

pérdidas importantes por temporada para los jornaleros. Asimismo, ante la ausencia de entidades de ahorro cercanas a los campos, el dinero que reúnen semanalmente se encuentra en riesgo de robo o acechado por los vendedores ambulantes.

La vida de las mujeres y las niñas en los campos agrícolas —como se puede observar— está llena de condiciones difíciles que paulatinamente van mermando la calidad de vida de las jornaleras así como los proyectos de vida de las más jóvenes. Por el número de casos que existen a nivel nacional (por lo menos alrededor de millón y medio de mujeres y niñas jornaleras migrando), se requiere una rápida, eficaz y sensible intervención desde el ámbito público así como el esfuerzo de concertar acciones con el ámbito privado.

Hacia una agenda pública de protección de los derechos de las mujeres y niñas jornaleras

El sector agrícola en nuestro país se caracteriza por la inserción de un gran número de niños y jóvenes menores de catorce años en la dinámica laboral, así como una tendencia al alta de la presencia de mujeres en este sector. Existen pocas redes de seguridad o incentivos económicos por parte de las instituciones que ofrezcan una opción no laboral a los hijos de los jornaleros que migran junto con ellos y para las mujeres existe poca consideración y reconocimiento de sus necesidades particulares.

Para enfrentar la condición de género, especialmente de las mujeres y las niñas, es necesario pensar de manera integral su situación como jornaleras y como migrantes, e implementar políticas tanto en la comunidad de origen como en los campos de trabajo agrícola. En este sentido, vale la pena rescatar uno de los aspectos más interesantes del caso de Guerrero, que ha sido la creación del Fondo de Provisión Social (Fopresol), iniciativa de los jornaleros guerrerenses en coordinación con el gobierno del estado y el federal.

Este fondo se forma con la aportación de los jornaleros para la compra de una póliza que vale cinco pesos, y que los cubre por una cantidad de hasta 10 000 pesos en caso de accidente o muerte. Si bien el fondo no hace diferencias en términos de género, es posible insertar una cláusula adicional en donde se le otorgue a las mujeres, en caso de ser viudas, un apoyo adicional por lo que significa la pérdida de la mano de obra principal en la cosecha familiar. Asimismo, desde el ámbito municipal es importante promover redes públicas de seguridad y contra riesgos ante la pérdida de la figura masculina. Para muchas mujeres, la muerte o la enfermedad prolongada a causa del contacto con agroquímicos —ya sea propia o del jefe de familia— significa la incapacidad de mantener la producción de autoabasto o la pauperización ante el gasto en medicamentos. Tanto el Fondo de Provisión Social como el municipio podrían unir esfuerzos para aumentar el monto del mismo y poder cubrir enfermedades de largo plazo provocadas por el trabajo en campo.

El desarrollo local es una de las grandes urgencias en la agenda pública de nuestro país, pero especialmente para el estado de Guerrero por poseer el tercer lugar de marginación a nivel nacional. La generación de actividades productivas remunerativas en el ámbito microrregional sin duda permitiría que las personas, especialmente las mujeres, dejaran de salir a trabajar a los campos.

Para la gran mayoría de las mujeres entrevistadas durante la investigación, salir a trabajar es una cuestión de necesidad que no harían si tuvieran fuentes de empleo cercanas. A pesar de la existencia de fondos y programas que tratan de apoyar los procesos organizativos de las mujeres rurales, éstos no son muy significativos para frenar el grave deterioro de las condiciones locales de vida en Guerrero. Los apoyos por lo general se reducen en tiempo y espacio, lo que deja a muchos grupos de mujeres sin capacidad de dar seguimiento a procesos incipientes de capacitación, comercialización y/o producción. El gobierno del estado podría jugar un papel más importante en este sentido, no sólo con la canalización de recursos, sino con el acompañamiento de proyectos a mediano y largo plazo. La generación de becas educativas y de capacitación para mujeres y jóvenes, también es una forma importante de promover la inserción de mujeres en el ámbito productivo y educativo y alejarlas de las condiciones de los campos. Especialmente a las jóvenes con estudios posteriores a la primaria que, por lo general, abandonan para atender la casa y/o salir a los campos a trabajar.

Una gran parte de la población rural no es derechohabiente del servicio de salud y esto impacta especialmente a las mujeres. En algunos casos, mujeres y niños declararon que preferían irse a trabajar a los campos porque ahí sí hay médicos y equipo para ser atendidos. Esto implica que los servicios médicos en las comunidades rurales siguen manteniendo niveles de ineficiencia y mala atención, que se convierten en incentivos para migrar.

En lo que se refiere a la vida en los campos, aún hace mucha falta la intervención del Estado. En el caso de Guerrero, existe una gran cantidad de campos que aún no son reconocidos oficialmente y por lo tanto no cuentan con seguimiento del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas. Esto permite que puedan operar bajo condiciones inhumanas y con salarios muy por debajo de la media de los campos agrícolas. Por otro lado, el trabajo infantil, especialmente de las niñas, ha sido una cuestión difícil de superar. Ante las importantes denuncias hechas a los empresarios agrícolas, éstos han defendido su incapacidad de evitar el problema ante la insistencia, por parte de los padres, de que se contrate a sus hijos. En algunos casos, incluso los trabajadores se negaban a trabajar hasta que sus hijos e hijas no fueran igualmente contratados.

Desde el ámbito normativo, si bien la Constitución y la Ley Federal del Trabajo prohíben la contratación de menores de catorce años en el trabajo agrícola, las sanciones por violar esta ley no son análogas al costo en el proyecto de vida por la violación de los derechos de los niños y niñas; por violar los derechos de

un menor al contratarlo en alguna actividad remunerativa la sanción es de 155 salarios mínimos, que, para muchos empresarios, no es representativa del beneficio que les puede otorgar el trabajo de los menores, por lo que prefieren pagar la multa y continuar violando la ley.

El incremento en la presencia de niños y niñas en las labores agrícolas impacta directamente en la disminución del acceso a la educación, cuestión que no se ha logrado superar a pesar de la intervención de diversas instituciones estatales y federales. Esto indica la necesidad de hacer varias modificaciones simultáneas, como aumentar las sanciones, proveer becas alimenticias y educativas en los campos e, incluso, sancionar a los padres. Algunos empresarios, en coordinación con instituciones federales, han buscado generar alternativas que les permitan mediar entre la demanda de trabajo por parte los jornaleros, las necesidades de mano de obra y los derechos de los niños. Es así como el DIF ha promovido la dotación de despensas en las escuelas que atienden a los niños de jornaleros que asisten a ellas, o han intercambiado algunas horas de trabajo en los campos por algunas horas de asistencia a la escuela.

Desde la coordinación del PAJA en el estado de Sinaloa por ejemplo, se está buscando implementar un programa parecido a Oportunidades pero con recursos del estado, para incentivar la asistencia a los planteles de los campos. Sin embargo, estas iniciativas seguramente no serán suficientes para revertir la tendencia del trabajo infantil en los campos agrícolas. La mala calidad en la enseñanza o la dificultad de revalidar los estudios de regreso en sus comunidades de origen, siguen siendo desincentivos para que los niños asistan a las escuelas en los campos.

En lo que se refiere a los servicios provistos por los campos en coordinación con el PAJA, el programa, así como los gobiernos estatales, deben mantener una mayor vigilancia y además promover mejores condiciones respetando los derechos y la intimidad de las personas, especialmente de las mujeres y las jóvenes. De esta forma, la instalación de sanitarios y duchas individuales resulta urgente. Respecto al servicio de guardería, es importante promoverlo en aquellos lugares donde no existe y mejorar la atención en aquellos donde ya hay. De esta forma, si bien es positiva la contratación de jóvenes migrantes para ayudar en el cuidado de los niños, es importante la contratación de personal especializado en estimulación temprana y en el trabajo con menores de diferentes edades. Asimismo, es importante mantener los grupos pequeños para tener una mejor atención y control del desarrollo infantil.

Por otro lado, la disminución en la carga de trabajo para las mujeres, fuera de su labor agrícola, resulta imperante para mejorar su forma de vida en los campos. La instalación de lavadoras de ropa, comedores gratuitos y tiendas con insumos a precios subsidiados puede aligerar la doble y triple jornada de las mujeres y niñas, que generalmente se ocupan de los alimentos y la ropa.

Cuadro 3. Características demográficas por condición de género.

| | Estatal 2005 | Hombres 2005 | Mujeres 2005 | Población indígena |
|-------------------------------|-------------------------|----------------------|--------------|----------------------|
| Población | | | | |
| Tasa de crecimiento | 0.2 (1.3 ²) | | | |
| Composición total | 3 115 202 | | | 478 399 |
| Entre 0-14 años | 1 499 453 | 566 208 | 553 474 | 218 991 |
| Entre 15-29 años | 665 880 | 372 942 | 425 067 | 236 965 ⁴ |
| Entre 30-59 años | 678 118 | 408 344 | 467 675 | |
| En zonas rurales ¹ | 1 322 247 (42.4%) | 675 173 ³ | 701 273 | |
| En zonas urbanas | 1 795 955 | 816 114 | 887 089 | |
| Hablantes de lengua indígena | 383 427 | 271 116 | 254 946 | 383 427 |
| No. de hogares | 713 788 | 526 136 | 187 652 | 97 519 |
| Educación | | | | |
| Alfabetismo | 80.0 | 83.3 | 77.1 | 52.1% |
| Entre 15-19 años | 95.5% | 95.6% | 95.4% | 69.5% ⁵ |
| Entre 20 y 29 años | 90.3% | 91.2% | 89.4 | |
| Entre 30 y 39 | 86.3% | 88.8% | 84.2 | |
| Entre 40 y 49 | 79.0% | 84.0% | 74.7 | |
| Entre 50 y 59 | 67.0% | 74.1% | 60.4 | |
| Asistencia escolar | | | | |
| 5-9 años | 91.1 | 91.1 | 91.2 | 82.8 ⁶ |
| 10-14 años | 91.1 | 91.3 | 91.0 | |
| 15-19 años | 51.1 | 51.3 | 50.9 | s.d. |
| 20-24 años | 17.3 | 17.7 | 16.9 | s.d. |
| Nivel de Instrucción | | | | |
| Sin instrucción | 18.8 | 16.1 | 21.2 | 45.2 |
| Primaria incompleta | 16.3 | 16.7 | 15.9 | 21.2 |
| Primaria completa | 16.6 | 16.6 | 16.5 | |
| Posprimaria | 45.7 | 48.3 | 43.4 | |
| Migración | | | | |
| Migración | 655 538 (2000) | 306 279 | 349 259 | |
| Población que emigró a E.U. | 73 215 (2000) | 3.4% | 1.3% | s.d. |
| Salud | | | | |
| Uso de servicios de salud | 95.1 | 94.6 | 95.-5 | |
| IMSS | 12.5 | 12.4 | 12.6 | |
| ISSSTE | 6.9 | 6.5 | 7.3 | |
| Pemex | 0.9 | 1.0 | 0.9 | s.d. |
| SSA | 48.9 | 48.7 | 49.0 | |
| IMSS-Solidaridad | 0.2 | 0.2 | 0.2 | |
| Vivienda | | | | |
| Piso de tierra | 43.7 | | | 75 |
| Agua entubada | 64.0 | | | 40.6 |
| Servicio de sanitario | 73.6 | | | 36.8 |
| Energía eléctrica | 83.1 | s.d. | s.d. | 64.9 |
| Cocina con leña | 62.4 | | | 83.8 |

Fuente: INEGI 2000 y 2005; PNUD (2006); CDI (2005 y 2006), INEGI (2004).

¹Localidades con menos de 2 500 habitantes. ²Datos del Censo de 2000 (INEGI, 2000). ³Son datos de 2000 (INEGI, 2004). ⁴Contiene datos para el rango de 16 a 64 años. ⁵Incluye los datos para el rango de 15 a 29 años (CDI, 2006). ⁶Incluye la población de 6 a 14 años.

En lo que se refiere a los abusos sexuales, por lo general son situaciones canalizadas vía la Comisión de Derechos Humanos o la Secretaría del Trabajo y Previsión Social; sin embargo, la dificultad de iniciar el trámite de la primera y la falta de sensibilidad de la segunda, generalmente inhiben a las mujeres a hacer las denuncias. En este sentido, es importante considerar la creación de una Unidad de Atención a la Mujer Jornalera que atienda, dé seguimiento y asesoría a este tipo de casos y otros que se presenten. Idealmente deberá estar a cargo del gobierno del estado, sin embargo, también se puede pensar en la unión de esfuerzos con organizaciones civiles.

La cuestión de la salud, sobre todo en referencia a los agroquímicos, resulta muy grave. En el trabajo de campo realizado se pudo constatar la contradicción en los discursos de los administradores del campo frente a la información y el equipo que se debería proveer a los jornaleros. Por lo general, no es obligatorio el uso de equipo y en ninguno de los casos se observó que se utilizara. Asimismo, las jornaleras no sabían si se había rociado o no agroquímico y a qué tipo de peligros estaban expuestas. En este sentido, es importante obligar a los productores agrícolas a que sus trabajadores utilicen el equipo, con pena de no trabajar si no lo hacen; además, mantener monitoreo en los surcos con pruebas de toxicidad, así como la

entrega generalizada (según trabajo realizado) de equipamiento e información.

Por último, el respeto a los derechos y la identidad indígena es, sin duda, una de las dificultades más importantes, ya que existe un desconocimiento por parte de los diferentes actores de lo que esto significa. La capacitación de los servidores públicos en derechos indígenas, derechos de las mujeres y las niñas, resulta una acción muy necesaria tanto en los lugares de origen como de destino. La procuración de traductores bilingües para asesorar a las y los jornaleros en caso necesario, así como el acceso a la información sobre agroquímicos, condiciones de contratación y prestaciones, pertenencia sindical —por lo general los y las jornaleras no tienen libertad sindical—, salud y educación, en lenguas indígenas, también son derecho de esta población migrante.

La celebración de ceremonias étnico-religiosas debe ser reconocida y respetada por los diversos actores del ciclo migratorio.

La lista es larga cuando hablamos de una agenda pública para la atención de la mujer y la niña jornalera. Sin embargo, es obligación de los tres niveles de gobierno, así como de las organizaciones civiles y de la iniciativa privada, buscar coordinar los esfuerzos de forma puntual y expresa los diferentes componentes de lo que debe de ser una ruta para lograr mejorar las condiciones de vida de las jornaleras de Guerrero. ■

observa que aquellas que están en mayor desventaja respecto a las oportunidades de desarrollo, obtienen apoyo de otras mujeres más desprotegidas, mujeres solas y con hijos (Barroso y Canabal, 2005: 6).

En estas nuevas colonias, el tipo de trabajo que se ejerce está relacionado con el comercio y, mayoritariamente, con el servicio: las mujeres se ocupan en el servicio doméstico, limpieza, lavado a domicilio y trabajo en la playa, ya sea en la venta de productos alimenticios o artesanales, o en la elaboración de “trecitas”; en la aplicación de tatuajes y masajes para las mujeres, aunque también optan por trabajos por cuenta propia, como en el caso de la elaboración y venta de comida y de otros productos. La situación de las familias de esta colonia se vuelve más crítica cuando la mujer se convierte en la cabeza del hogar, ya que sus condiciones de indígena y mujer migrante sin niveles de estudio o capacitación, le impiden insertarse de mejor manera en un mercado laboral ya comprimido, pero además, *per sé*, discriminatorio (Barroso, Canabal, 2005: 7).

Los ingresos que generan estos empleos y las condiciones de vida que privan en sus colonias ponen de manifiesto un fuerte deterioro en sus niveles de bienestar y una gran polarización en relación a otras zonas del puerto.

Es por esta situación que el acceso a la educación formal se ha convertido en una estrategia fundamental para las mujeres indígenas migrantes, ya que consideran que, de esta manera, sus hijos tendrían la posibilidad de una mejor inserción en el mercado laboral del puerto. Si bien, “no todos los y las jóvenes indígenas de Acapulco terminan sus estudios, hay técnicos y profesionistas con nivel de licenciatura como médicos, arquitectos, abogados y profesores, aunque en un porcentaje mínimo de la población” (Barroso, García, s/f).

Hay distintas opiniones cuando las mujeres indígenas migrantes comparan su situación en ambos sitios entre los integrantes de distintas generaciones: las abuelas, y aun las madres, mantienen la añoranza de su tierra; algunos hasta quisieran regresar, mientras que las mujeres más jóvenes no piensan así o quisieran hacerlo sólo periódicamente y de visita. Las primeras generaciones llegan a buscar nuevas oportunidades, la segunda lucha por incorporarse de la mejor manera y la tercera ya es habitante del puerto y poco mira para atrás en su historia.

Pero la vida para los colonos indígenas no es fácil, viven con muchas necesidades y el empleo a que pueden aspirar en el puerto no les genera ingresos suficientes y seguros para mejorar sus condiciones

de vida, por lo que muchos jóvenes de ambos sexos se ven obligados a dejar sus estudios y partir hacia Estados Unidos (Barroso, Canabal, 2005: 17).

De acuerdo con testimonios recientes, los migrantes de Acapulco de origen montaño, “se van a Carolina, a Chicago, a Kentucky, a California”. Una mujer nos informaba que su hermana se fue a los 15 años. Otras voces señalan que “mi hermana tenía 22 años cuando se fue” o “mi hermana se fue hace cinco años y ya no quiere regresar. Allá trabajan haciendo pizzas, en restaurantes o pastelerías”. “Nos dicen que allá está bien bonito, pero pagan mucho para vivir, pagan la renta, la calefacción, y ganan para ir la pasando, gastan mucho. Es también un trabajo temporal, hay temporadas que trabajan nada más para vivir” (Barroso-Canabal, 2006).

En un principio, también los pobladores mixtecos de Tlaxco, pueblo originario de los colonos de la Chinameca, salían hacia Acapulco de manera prioritaria, actualmente, salen preferentemente a Nueva York, Estados Unidos.

La población de estas colonias se sabe indígena; algunas personas tratan de ocultarlo, otras lo mencionan con orgullo, aunque están conscientes de que su origen y condición étnica tienen que ver con altos grados de pobreza y marginación y determinan, en gran medida, los empleos a que tendrá acceso y que éstos serán los más riesgosos en términos de continuidad, seguridad e ingresos.

En las colonias indígenas existen algunas propuestas para vivir de una mejor forma la condición de indígenas de la ciudad. Prueba de ello son las cuatro escuelas primarias bilingües que existen en Acapulco. En ellas se refuerzan los rasgos étnicos de la identidad de los colonos. Así, la escuela, la casa y la colonia, son los espacios donde los niños y jóvenes encuentran comprensión y solidaridad. En las calles y en las playas los trabajadores ambulantes son humillados y a veces hasta maltratados por su condición laboral y étnica.

Como ya señalábamos (Canabal y Barroso, 2006), las mujeres indígenas que han migrado de manera permanente hacia Acapulco, han ido cambiando de opinión en torno a su sentido de pertenencia con relación a las distintas generaciones: las primeras que llegaron se sienten más ligadas a sus comunidades de origen, no hablan bien el español y visitan sus pueblos y asisten a las fiestas patronales. Una segunda generación mantiene una situación un poco más ambigua, ya que si bien conoce su pueblo de origen, del que llegó siendo niña, reconoce que en el puerto han encontrado mayores oportunidades para su desarrollo y el de sus hijas. La tercera generación se siente más

vinculada a la vida del puerto, estudia la primaria completa y aun la secundaria; sabe que tiene mayores oportunidades de trabajo e ingreso, y se sienten poco ligadas con las comunidades donde nacieron sus padres y sus abuelos, sin embargo, hablan la lengua y si bien, por una parte, quisieran integrarse de mejor manera con la población joven del puerto, reconocen que su origen y su pertenencia los señala como integrantes de núcleos indígenas aun en el puerto.

Para estas mujeres, la vida en el nuevo sitio les ofrece otras oportunidades como el acceso a una mejor educación, a una mejor alimentación, a mejores condiciones de salud, mayor autonomía frente a la decisión de casarse y tener hijos, y parece ser que los grados de violencia intrafamiliar sobre las mujeres tienden a descender, aunque se enfrentan a otros problemas. Negocian y renegocian su condición de mujeres, viven una doble presión ante un núcleo de parentesco que proviene de la misma comunidad y que esperaría de ellas los mismos comportamientos de sus madres y abuelas, y un medio donde también conviven con otras personas y están más influidas por los medios de comunicación y la moda, que hablan de comportamientos más “modernos”.

El puerto de Acapulco ofrece ventajas, pero también desventajas para los indígenas, por lo que la colonia-comunidad constituye un refugio importante para las y los jóvenes expuestos a problemas muy severos en el puerto, como la drogadicción, la delincuencia y la prostitución.

Las escuelas bilingües cumplen también la función de reunir a los padres de familia y a los colonos en general para recibir cursos y participar en talleres sobre distintos aspectos como nutrición, salud o agricultura, y para gestionar servicios de urbanización para las colonias como pavimentación, recolección de basura o alumbrado público, entre otros.

Entre las mujeres migrantes se dan cambios que pueden parecer muy lentos o de poca importancia, pero habría que reconocer que las mujeres indígenas de La Montaña no migran solas, que se mueven arropadas por la familia y la comunidad con la que conviven, la que las vigila y determina muchas veces su conducta. Por otro lado, viven en un ambiente urbano que se presta más a su educación, capacitación y a ampliar su red de relaciones que puede ser determinante para que tenga nuevas necesidades y quiera reconocerse como una mujer distinta que, sin dejar su ascendiente indígena, obtenga más derechos como ciudadana.

Así, la vida de las mujeres indígenas de La Montaña, que gravita entre la estancia comunitaria que marca su identidad étnica y su estancia en diferentes destinos migratorios del campo y la ciudad o bien

al cruzar fronteras, está marcada por un abanico de problemas que le determinan su contexto regional y las alternativas generadas por ellas mismas que las definen como actrices sociales particulares: heredan rasgos de su pertenencia territorial, conocimientos que les son útiles, normas que tienen que superar, pero también asimilan vivencias de nuevos sitios de trabajo y vida a los que, sin embargo, no pueden integrarse de una manera definitiva o como cualquier otro ciudadano por su condición de indígena.

El contexto de su vida como mujer de La Montaña le define una compleja problemática integrada por su pertenencia a una comunidad con normas que le otorgan una adscripción definida que marca su vida y sus posibilidades de desarrollo. Este papel de mujer ha tenido correspondencia con las condiciones de educación, capacitación y salud en que se ha desenvuelto. A esta situación se añade la escasez de dichos servicios en sus comunidades de origen y destino, en el caso de las migrantes y la actitud de sus “prestadores” frente a las mujeres indígenas.

Se ha señalado reiteradamente que la mujer indígena tiene poco acceso a la educación. Sin embargo, es interesante observar que a nivel de la escuela primaria, su porcentaje de egreso es superior al de los hombres, pero que, cuando tienen que asumir ya los compromisos que le marcan su edad de casadera, la cantidad de ellas que ingresa a secundaria, baja considerablemente.

Primero, hay que tomar en cuenta las diferencias que existen en el medio rural y la ciudad y entre hombres y mujeres en indicadores como el monolingüismo, el analfabetismo y la asistencia a la escuela: las mujeres indígenas tienen una tasa de monolingüismo de 20.7% en comparación con los hombres, que es de 12.4%; mientras que la de analfabetismo es del 43.2% para las mujeres y de 23% para los hombres. Las tasas de asistencia escolar se diferencian entre niños y niñas indígenas, aunque cada vez menos, ya que del 82% para las niñas y del 86% para niños en zonas urbanas, en las zonas rurales dichas tasas bajan al 80% para las niñas y al 84% para los niños (INEGI, Inmujeres, 2000).

El estado de Guerrero es el segundo estado con mayor índice de analfabetismo en mujeres, que llega al 23%, comparado con un 9.5% a nivel nacional, y sus índices de instrucción son muy bajos, ya que se

puede decir que el 45.4% de la población indígena (una de cada dos personas) de más de 15 años, no pasó por la escuela —mujeres en su mayoría. “Resultado claro que la situación de pobreza obliga a los niños a trabajar para mejorar la economía familiar, además de que muchas comunidades aisladas no cuentan con la infraestructura necesaria para dispensar la educación por falta de aulas, mobiliario, libros, servicio sanitario...” (INEGI, 2000; INI, 2002).

En un estudio de los nueve estados con mayor presencia indígena —Campeche, Chiapas, Guerrero, Hidalgo, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, Yucatán y Veracruz— se señala cómo la culminación de la primaria es superior entre las mujeres “hablantes” que entre los hombres “hablantes” (Mier y Terán y Rabell, 2003).

Las condiciones de salud en las comunidades indígenas son severas y son críticas entre las mujeres debido a las condiciones de rezago en los servicios médicos y sanitarios, a las condiciones de nutrición, educación e información general. Esto también se refleja en las cifras de Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell, que indican que el porcentaje de hombres hablantes de lengua indígena que ingresan a la secundaria es de 74%, lo que contrasta con un 61% de mujeres. Sobre las mujeres pesan, además, el desconocimiento de su cuerpo, la maternidad intensiva y las pesadas cargas de trabajo a que han tenido que someterse.

Las mujeres indígenas son supeditadas desde edades tempranas a la crianza de los hijos, ya que tienen pareja o se casan muy jóvenes. El censo detectó cómo, a partir de los veinte años, el 54% de las mujeres indígenas ya están casadas o tienen hijos.

En estudios recientes se señala cómo muere un número indeterminado de mujeres por problemas vinculados al embarazo en comunidades pequeñas con malos medios de comunicación y transporte, donde los servicios de salud son escasos o inexistentes. No se registra de manera nítida el número de muertes de esta naturaleza, aunque según estas fuentes, alrededor de mil 300 mujeres en zonas indígenas “siguen muriendo cada año por causas relacionadas con la maternidad” y si bien “a nivel nacional la tasa de mortalidad materna es de 51 por cada 100 mil nacidos vivos, en zonas indígenas de Guerrero es de 283 muertes por cada 100 mil nacidos vivos” (CIMAC, 2003).

Cuadro 1. Hombres y mujeres hablantes de una lengua indígena que culminan la escuela primaria.

| Hombres | Mujeres |
|--------------------|--------------------|
| De 15-16 años: 62% | De 15-16 años: 67% |
| De 12-14 años: 43% | De 12-14 años: 44% |

Fuente: Marta Mier y Terán Rocha y Cecilia Rabell Romero, Desigualdad en la escolaridad en México.

Este problema tiene que ver con diferentes factores entre los que se encuentran problemas económicos, de transporte, hasta orográficos y pluviales debido a que, durante el año, hay épocas en que las poblaciones quedan incomunicadas. El mismo estudio señala que el hecho de recurrir a una institución del sector salud no garantiza la salud ni la vida, porque muchas de las clínicas y hospitales son “elefantes blancos” sin medicamentos, ni equipo y con personal médico insuficiente. “Además, en estos sitios las mujeres indígenas son discriminadas” (CIMAC, 2003).

En el estado de Guerrero, el 96% de la población indígena no tiene acceso a servicios de salud por falta de hospitales con personal calificado y con equipamientos básicos, de acuerdo con un documento firmado por la UNICEF en el que se señala que

La Montaña cuenta con un hospital general en Tlapa para atender a 300 500 personas repartidas en 17 municipios (con sólo 3 ginecólogos, dos anestesistas y un pediatra contratados para cubrir un solo turno); 6 hospitales básicos comunitarios (sin especialistas ni equipamientos básicos); y unas 166 unidades de salud, de las cuales más de la mitad no cuentan ni siquiera con la presencia de un médico general (funcionan sólo con enfermeras y otro tipo de personal menos calificado). La atención de las mujeres de La Montaña con relación a su salud reproductiva es deficitaria ya que en México, 1 ginecólogo tiene que atender a 2 414 mujeres en edad fértil y en La Montaña de Guerrero, 1 ginecólogo tiene que atender a 17 654 mujeres en edad fértil (Sipaz/UNICEF: 2005).

Actualmente, la vida de la mujer indígena se ha complicado por hechos externos que turban la vida comunitaria y generan cambios muy rápidos y ajenos a su cultura. Ahora en La Montaña se habla de robo de niños, de tráfico de órganos, de producción, distribución y venta de drogas, de VIH-SIDA, de la violencia sexual de los militares con presencia en La Montaña contra las mujeres, eventos que permanecen muchas veces en silencio, por temor a enfrentarlos.

Diversos escritos refieren los casos de violación perpetrados en Barranca Bejuco, Barranca Tucuaní y Barrio Nuevo San José, comunidades tlapanecas y mixtecas de La Montaña de Guerrero. Las mujeres de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, por diferentes medios, han exigido un seguimiento jurídico de estos casos y que los militares responsables sean juzgados por una autoridad civil.

El gobierno mexicano se ha comprometido a abordar la cuestión de la violencia contra las mu-

Balance crítico sobre las luchas de las mujeres indígenas

*Lina Rosa Berrío Palomo**

Hacer un balance sobre las luchas de las mujeres indígenas en Guerrero es una tarea compleja pero apasionante. Para efectos de este artículo he decidido concentrarme en los últimos 12 años, pues en este periodo encontramos un gran nivel de crecimiento en la participación política de las mujeres indígenas guerrerenses, tanto en el estado como en el ámbito nacional e internacional.

Es importante diferenciar dos niveles de análisis: uno referente a las mujeres indígenas del estado en general y otro cuyo centro de atención son las mujeres indígenas organizadas. Mi mirada se centra en este último grupo, pues creo que pese a ser un número relativamente pequeño, han jugado un papel de gran importancia al posicionarse como un nuevo sujeto social que colocó en la agenda pública las demandas, visiones y planteamientos de un sector muy importante de la población guerrerense cuyas voces han sido sistemáticamente ignoradas, tanto por la sociedad mayoritaria como por sus propios pueblos: las mujeres indígenas.

Como bien lo han reseñado Beatriz Canabal y Aída Hernández; desde décadas anteriores podemos encontrar la presencia de las mujeres indígenas en las movilizaciones y actividades de protesta organizadas por el movimiento campesino e indígena, en la lucha por la tierra, contra el caciquismo, por servicios básicos o por generación de alternativas económicas. En estas movilizaciones, si bien participaban masivamente, a menudo se les asignaba una serie de responsabilidades relacionadas con aspectos logísticos como la preparación de alimentos o el cuidado de la salud y de los niños. Sin embargo, el papel protagónico, la vocería y la representación a la hora de negociar, normalmente ha estado en manos de los varones.

Es en la década de los noventa cuando encontramos una serie de transformaciones importantes respecto al papel de las mujeres, ya no sólo como participantes sino como voceras, gestoras, líderes y dirigentes locales y nacionales, tanto en espacios del movimiento indígena mixto como en organizaciones específicamente de mujeres.

Un acercamiento a lo organizativo

Una de las experiencias que me parece importante mencionar es la del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (CG500ARI), no sólo por las implicaciones de este espacio en tanto permitió aglutinar a los cuatro pueblos indígenas y construir una organización con capacidad para desarrollar acciones contundentes de movilización y presencia política en el estado de Guerrero. Otra de las razones por las cuales es imposible hacer un balance sin mencionarlo es justamente por haberse constituido como un espacio fundamental para la formación de cuadros femeninos que actual-

*Integrante de la ONG Kinal Antzetik Distrito Federal A. C. Asesora y acompañante de varias organizaciones de mujeres indígenas en dicho estado.

mente siguen jugando un papel estratégico en la visibilización de las mujeres indígenas de Guerrero y sus demandas específicas.

En esta organización surgieron algunas de las líderes con mayor reconocimiento en el estado y en espacios nacionales del movimiento indígena, como Martha Sánchez Néstor (amuzga), Hermelinda Tiburcio Cayetano (na saavi), Felicitas Martínez Solano (mephaa) y Domitila Rosendo López (nahua). Cada una de ellas representó en el Consejo la voz de otras mujeres indígenas de estos cuatro pueblos y abrieron una discusión muy importante respecto a la necesidad de garantizar su participación en condiciones de igualdad con los otros dirigentes varones.

La primera en llegar fue Martha Sánchez, quien lo hizo en calidad de secretaria y poco a poco fue involucrándose de manera más activa en todos los procesos, particularmente aquellos relacionados con la construcción de espacios propios para las mujeres, en medio de la efervescencia del movimiento indígena a mediados de los noventa. Esta participación activa como líder, fue una de las razones para plantear al interior del Consejo la necesidad de tener los mismos derechos que los dirigentes varones y de vincular más activamente a las mujeres al propio consejo.

Posteriormente se fueron integrando las otras compañeras mencionadas y se estableció una dinámica muy interesante entre las luchas estatales y los nuevos espacios de encuentro y formación ganados por las mujeres en el ámbito nacional al interior del CNI y de la ANIPA.

Al compartir esta parte de la historia con las compañeras, recuerdan cómo su presencia en el consejo estuvo marcada por un periodo de aprendizaje y crecimiento político junto a los hombres a partir del trabajo conjunto por la defensa de los derechos indígenas y la consolidación del movimiento en lo local. Al mismo tiempo, sin embargo, tuvo lugar una serie de disputas al interior del propio consejo por la resistencia de los hombres a reconocer los nuevos liderazgos femeninos que allí se gestaron y las modificaciones que esto implicaba respecto a considerar el discurso y las demandas de género planteadas por las mujeres. La lucha por la autonomía, que era bandera fundamental del movimiento indígena, también significaba para las mujeres paridad en la participación política, y esta exigencia implicaba tanto al estado como a sus propias organizaciones y pueblos.

Ha sido complejo el proceso de abrir espacios propios al interior de las organizaciones mixtas, de garantizar la participación de las mujeres en la toma de decisiones, de desarrollar acciones de formación y apostarle al empoderamiento de las mujeres, de acceder a cargos de dirección en las organizaciones mixtas o simplemente ser reconocidas como iguales. Las condiciones no siempre han sido las más favorables, y la cultura patriarcal, tan arraigada en Guerrero, permea incluso a las organizaciones sociales.

Pese a lo anterior, hoy podemos destacar como un logro la presencia de varias compañeras en cargos directivos de organizaciones mixtas. Ubali Guerrero es la actual presidenta estatal

de la unorca que aglutina a más de 30 organizaciones de productores campesinos e indígenas; Hermelinda Tiburcio fue presidenta de la ANIPA Guerrero, y Martha Sánchez ocupó ese cargo a nivel nacional de 2004 a 2006. Felicitas Martínez fue, hasta marzo de 2007, la única mujer elegida como parte de la dirección del Consejo Regional de Autoridades Comunitarias, encargado de coordinar a la Policía Comunitaria en la Costa Chica. Resalta como un avance importante la decisión de la reciente asamblea en el sentido de integrar a tres compañeras más a espacios de dirección y procuración de justicia para casos relacionados con las mujeres. También encontramos experiencias como la de Domitila Rosendo, quien luego de trabajar durante varios años con su organización en La Montaña, hoy es delegada de la Secretaría de la Mujer para esa región.

He mencionado los avances respecto a la participación en organizaciones mixtas; ahora quiero introducir otro ámbito en el cual se han dado pasos muy importantes hacia un desarrollo más autónomo e integral de las mujeres indígenas: la construcción de organizaciones propias durante los últimos diez años. Es difícil saber con precisión cuántas existen actualmente, pues la mayoría son organizaciones locales sin registro formal. Muchas de ellas se dedican a actividades productivas y surgen como respuesta a la profunda crisis económica del campo que ha obligado a las mujeres a insertarse de manera más decidida en los circuitos de producción y comercialización.

Varias de estas organizaciones se crearon con el apoyo de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas que, en los últimos años, ha venido impulsando acciones específicas hacia las mujeres en las áreas productivas y de capacitación. Esto, junto con las demandas de las propias mujeres, dio como resultado la creación de los Fondos Regionales de Mujeres Indígenas “Yolcuncue”, de Xochistlahuaca; “Tinochimej Tinejneme”, de la zona norte, y “Mujeres en Desarrollo” de Ometepec, así como los grupos de mujeres asociados al Programa de Organización Productiva de esta misma institución. Vale la pena señalar las resistencias institucionales por parte de técnicos y directivos hacia el trabajo con las compañeras, así como sus dificultades para comprender las características y necesidades de este sector.

Otras organizaciones tienen un carácter más local y autogestivo (Grupo de costureras en Tilapa, Malinaltepec, Unidad agrícola campesina en San José Vista Hermosa, Iliatenco o “Lucero de La Montaña”, el grupo de apicultoras de Acatepec, los de artesanas en la zona norte o en La Montaña por mencionar sólo algunas). También encontramos quienes se articulan a organizaciones campesinas como la unorca; es el caso de “Mujeres Juntas Enfrentando Retos s. c.” y “Mujeres Cafetaleras de la Sierra de Atoyac s. c.”

Especial mención merecen un grupo pequeño de organizaciones que desarrollan actividades productivas pero al mismo tiempo han incorporado en su discurso y en su accionar otros temas relacionados con los derechos: salud, autoestima,

perspectiva de género, empoderamiento, participación política, etcétera. Es el caso de “Mujeres Indígenas en Lucha”, “Noche Zihuame Zanze Tajome” y “Flores de la Tierra Amuzga”, entre otras. Todas ellas han tenido una relación estrecha con organizaciones nacionales de mujeres como la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas o la Asociación Mexicana de Mujeres Organizadas en Red. Esto les ha posibilitado acceder a procesos de capacitación con una clara perspectiva de género, lo cual ha marcado notablemente su trabajo.

No podemos cerrar este apartado sin mencionar las experiencias asociadas a temas de salud desarrollada en la Costa Chica por la red de parteras y promotoras comunitarias indígenas; así como por la Casa de Salud de las Mujeres Indígenas, quienes, junto con Kinal Antzetik, han posicionado en el estado el tema de la prevención de la muerte materna y la salud de las mujeres indígenas.

Finalmente, es necesario mencionar el papel que ha jugado en el último periodo la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, una organización nueva conformada por varias de las pioneras mencionadas al inicio del artículo, que ha planteado en varios espacios las demandas de las mujeres indígenas en materia de salud, derechos y participación política especialmente, así como también en los debates actuales sobre la reforma del estado en Guerrero. Igualmente, la coordinadora realiza en este momento una sistematización de su propia historia que será próximamente publicada. Esto constituye un logro fundamental en el proceso de escribir su propia historia para las nuevas generaciones de mujeres indígenas de Guerrero.

El aporte de las guerrerenses al movimiento de mujeres indígenas en México

La visibilización de las mujeres indígenas y sus demandas en los diferentes espacios, así como la lucha por la democratización de las propias organizaciones indígenas es uno de los logros más significativos del movimiento de mujeres indígenas en México, al cual han contribuido de manera sustancial las guerrerenses.

En la exigencia de sus derechos influyó de manera significativa su participación en las dinámicas nacionales de articulación entre las mujeres indígenas, particularmente en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, creada en Oaxaca en 1997, en el marco del I Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas. La Conami reviste particular importancia por haber sido el primer espacio organizativo nacional exclusivo de mujeres. Fue además un referente fundamental en la formación de nuevos liderazgos femeninos indígenas, así como en la visibilización de las demandas de género y la voz de las mujeres indígenas al interior del propio movimiento indígena, pero también en la agenda política nacional.

Uno de los motores importantes de la misma fueron las guerrerenses, quienes participaron en todo su proceso de construcción y crecimiento; organizaron el II Encuentro Nacional

en Chilpancingo, tres años después, con la asistencia de 350 mujeres indígenas de 16 estados del país; participaron en varios eventos internacionales como representantes de México y dos de ellas fueron elegidas como enlace nacional de la Conami en diferentes periodos.

Son varios los eventos nacionales del movimiento indígena en los que las compañeras de Guerrero han cumplido un destacado papel: algunos de ellos son los congresos del CNI y de la ANIPA, la movilización de los pueblos indígenas de Guerrero articulada a la marcha del color de la tierra en 2001, donde la intervención central, en el Zócalo del DF, por parte del Consejo Guerrerense, estuvo a cargo de una mujer: Domitila Rosendo; la intervención de Hermelinda Tiburcio, ante más de un millón de personas en ese mismo lugar, durante la inauguración de la Convención Nacional Democrática en 2006; la participación de Martha Sánchez y Felicitas Martínez ante la ONU en el marco de la II sesión especial para pueblos indígenas en 2005; la presentación de casos de violaciones a los derechos humanos de las mujeres indígenas del estado de Guerrero ante la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Mary Robinson, en 2002, así como ante el relator especial para pueblos indígenas, Rodolfo Stavenhagen, en 2005.

Los retos

Es claro que en la esfera pública hay un grupo de compañeras indígenas en Guerrero que ejercen un liderazgo importante, lo cual las ha convertido en actores políticos con amplio reconocimiento en el estado. A nivel local, sin embargo, todavía quedan grandes brechas por cerrar respecto a las condiciones materiales de vida, oportunidades de desarrollo integral, reconocimiento, participación política y alternativas económicas dignas para las mujeres. Las estadísticas presentadas por Beatriz Canabal en este mismo artículo nos muestran los grandes rezagos en materia de salud, educación y monolingüismo vividos por las mujeres respecto a los propios hombres indígenas.

En cuanto al ámbito político, si bien hay varias comunidades en las que han sido electas mujeres indígenas como regidoras, lo cierto es que la ausencia de representación femenina en cargos de autoridad comunitaria sigue siendo una regla en el estado. Fenómenos como la migración han generado un incremento en la capacidad de decisión de las mujeres respecto a sus autoridades, pues ellas se han convertido en mayoría en las asambleas de comunidades con altos índices migratorios. Sin embargo, lo cierto es que hasta el momento los varones siguen siendo elegidos como autoridades aunque buena parte del trabajo y las decisiones sea asumido por las mujeres en ausencia de sus esposos o familiares.

Los ámbitos familiar y comunitario siguen siendo los de mayor resistencia a las transformaciones impulsadas por las mujeres desde el espacio político. La inercia de la costumbre dificulta considerablemente la transformación de prácticas, acti-

tudes e imaginarios respecto a los roles de género, de tal manera que en buena parte de las zonas indígenas del estado, se siguen manteniendo relaciones de subordinación y ejercicio del poder por parte de los hombres, a pesar del posicionamiento de un discurso generalizado sobre el ejercicio de los derechos y la autonomía de los pueblos y las mujeres indígenas.

Éste sigue siendo entonces uno de los retos importantes en la lucha de las mujeres indígenas en el estado: avanzar en la democratización de los espacios, el ejercicio de los derechos y la participación de las mujeres no sólo en el ámbito de lo público sino también en el espacio privado. Eso implica trabajar, entre otros, temas como el de la violencia hacia las mujeres indígenas, la inequidad en el acceso a posibilidades de educación, salud, manejo de recursos y en general de un desarrollo integral.

Otro gran reto se refiere a presionar el reconocimiento a la autonomía y los derechos de los pueblos indígenas, particularmente de las mujeres, así como la incorporación efectiva de la perspectiva de género y el enfoque de interculturalidad en las políticas públicas. Hasta el momento varias secretarías como la de la Mujer y la de Pueblos Indios, han incluido ciertos ejes en sus planes de desarrollo estatal e incluso han realizado acciones puntuales con algunas organizaciones. Sin embargo, no se percibe en el gobierno del estado como conjunto, una voluntad política real para transformar sustancialmente las relaciones con los pueblos indígenas.

En ese sentido, otro reto importante, que ya está siendo abordado por ellas, es incluir con fuerza su mirada en la reforma del Estado que se viene discutiendo. En 2006, la Secretaría de Pueblos Indios y la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas organizaron un foro especial para discutir este tema; sin embargo, es necesario mantener una presencia constante y efectiva a lo largo del proceso para garantizar que la voz de las mujeres se incorpore como una prioridad en la nueva estructura del Estado.

Finalmente, quiero mencionar dos aspectos que a mi juicio son fundamentales para garantizar avances en este proceso: el tema de los recursos para el sostenimiento de las organizaciones y el de la transición generacional. El acceso a los recursos ha sido señalado por varias compañeras como una de las mayores dificultades para el fortalecimiento de sus procesos, en tanto la mayoría no está constituida legalmente, no existen suficientes fuentes de financiamiento y muchas de ellas exigen una serie de requisitos o garantías imposibles de conseguir para un buen número de organizaciones, especialmente aquellas que inician sus actividades. En ese sentido, es todo un reto mantener a las organizaciones en condiciones dignas para sus integrantes, presionar la flexibilización de requerimientos por parte de instituciones gubernamentales y agencias financiadoras e insertarse en ese complejo mundo de la búsqueda de recursos sin perder la autonomía ni renunciar a sus líneas estratégicas de trabajo.

Por otra parte, la recuperación de su propia historia y la transmisión de esta experiencia a las nuevas generaciones es una necesidad imperiosa para garantizar la continuidad de los procesos vividos en esta última década. Hacerlo de manera colectiva y sistemática, abrir espacios para las compañeras que se están incorporando, acompañarlas en la transición, crear espacios de formación propios y escribir con sus propias voces esta multiplicidad de historias vividas es hoy un gran reto para las mujeres indígenas. Muchas de ellas están dando pasos en ese sentido y es seguro que su caminar ya no tiene marcha atrás. La fuerza de sus voces, la sabiduría de sus palabras se percibe hoy en los diferentes espacios donde hacen presencia. Mi gratitud y reconocimiento para cada una de ellas por sus enseñanzas, por habernos ayudado a repensar el estado, los pueblos indígenas, el país y, por supuesto, a nosotras mismas. ■

jes, pero cuando ellas mismas han decidido alzar su voz y demandar justicia, no han sido escuchadas porque han cargado en sus espaldas con el aparato institucional castrense, siendo objeto una vez más de discriminación al ser sometidas a las leyes, órganos y procedimientos de índole militar que no garantizan la investigación independiente e imparcial de los hechos denunciados (AI, 2004).

Esta compleja problemática, que está en el origen de la migración, se complementa con condiciones de trabajo inestables y sin derechos en los lugares de destino, lo que ha marcado la vida de la mujer de estas regiones, de subsistencia muy complicada, a pesar de lo cual ha podido, en algunos casos, levantar la voz y generar alternativas desde su identidad de mujer indígena que combina dos mundos y que en el camino pretende elegir los elementos de cada uno, que deberán configurar su nueva identidad.

Interviniendo en lo público

Desde hace unas décadas, ha sido necesario reconocer a la mujer indígena a partir de su inserción cada vez más intensa en procesos económicos, ya sea como participe en las labores agrícolas locales, como en mercados de trabajo en las ciudades y en las zonas agrícolas de exportación o bien en su migración hacia Estados Unidos. También ha sido cada vez más importante su presencia en los procesos sociales por su participación en organizaciones, en partidos políticos y en órganos locales de poder. Esta presencia la han logrado con grandes esfuerzos, mostrando cómo, a pesar de las cargas de trabajo doméstico y extradoméstico que pesan sobre ellas, son capaces de proyectar, gestionar y administrar propuestas en beneficio de grupos propios, de su comunidad o de organizaciones sociales más amplias.

Desde los trabajos de Lourdes Arispe en torno a la migración por relevos de las mujeres indígenas a la Ciudad de México, donde se integraban al servicio doméstico, hasta los estudios pormenorizados que se realizan hoy día y que analizan su vinculación en diferentes esferas económicas, sociales y políticas, ha corrido mucha tinta en torno a la participación de las mujeres indígenas y también, mucha historia.

En otro sitio (Canabal, 2003) señalábamos cómo, en la década de los años ochenta, la mujer indígena aparece en un movimiento campesino con un tinte clasista, cuestionando y resistiendo a las políticas antipopulares en el medio rural en la lucha por la tierra y contra la represión, en la Coordinadora Nacional Plan de Ayala y en los movimientos por la apropiación de los procesos productivos protagonizados por organizaciones campesinas nucleadas en la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA). Más adelante, participaron en el movimiento indio cuando este último se deslindaba del campesino enarbolando demandas desde la diversidad cultural. Sin embargo, el movimiento de las mujeres indígenas ha sido más azaroso y ha caminado con otros ritmos, en otra escala, con otras características incorporando con muchas dificultades y resistencia, la dimensión de género.

Las mujeres indígenas no pudieron participar fácilmente en las organizaciones campesinas e indígenas que he mencionado y que aglutinaban a hombres y mujeres, ya que en ellas no eran reconocidas como actores con voz propia. Su participación y sus demandas se consideraban asuntos de importancia secundaria y la necesidad de formar grupos específicos, siempre se calificaba como una actitud divisionista.

Por otra parte, las mujeres que han enarbolado la bandera del feminismo y han pretendido participar en el medio rural, han tenido que reconocer el cruce de elementos clasistas entre las demandas de las campesinas y de elementos étnicos en el caso de las mujeres indígenas. Han tenido que reconocer que se trata de mujeres con una inserción propia en sus familias y comunidades; con una historia y una cultura particulares a partir de las cuales, viven su condición de género.

Si bien, la participación de las mujeres en espacios distintos al ámbito privado puede deberse en primera instancia a la necesidad de tener acceso a recursos para trabajar y tener ingresos y servicios indispensables para su familia y su comunidad, más tarde éstas han logrado formar parte de movimientos sociales al lado de otros sectores de la población por la defensa de sus recursos, por mejores condiciones productivas y económicas o por una participación política más transparente.

Como ya he señalado, las mujeres tienen serias limitaciones en su formación educativa formal y en su capacitación en distintos aspectos administrativos que no les han permitido participar en las instancias de toma de decisión, con la intensidad que sería necesaria. Esta escasa participación, además de una subrepresentación en los congresos locales y el federal, ha implicado necesariamente que sus demandas sean poco escuchadas y poco atendidas.

A pesar de estas limitaciones, las mujeres indígenas han redoblado sus esfuerzos para impulsar, desde grupos pequeños, la participación de las mujeres, lo que les ha permitido que en el camino obtengan la experiencia necesaria y la capacitación para hacer frente a sus numerosas necesidades. El reconocimiento de las mujeres campesinas e indígenas como actores específicos se ha logrado a través de esta participación que se hizo más visible a partir de los años noventa, en una gran diversidad de experiencias organizativas y en los movimientos en que tomaban parte. Ha sido a partir de esta inserción quizás lenta y desde espacios pequeños, como la mujer indígena ha avanzado en el reconocimiento de sus propios derechos y posibilidades; ha aprendido a negociar, a proponer y a gestionar proyectos de salud, nutrición, artesanales, agropecuarios, en torno a alguna manufactura o de micro financiamiento y ahorro.

Al mismo tiempo, a partir de la visibilidad que fueron teniendo los grupos de mujeres de distintos pueblos, se ha desarrollado una nueva propuesta teórica que apela al reconocimiento de las mujeres indígenas como ciudadanas con derechos individuales y colectivos y con derechos históricos como campesinas. Así, como a partir de la teoría de los movimientos sociales, en la sociología se ha reconocido el surgimiento de sujetos con identidades propias, en la antropología se reconoce la diversidad cultural y la presencia de culturas dinámicas, abiertas, cambiantes ante los tiempos de mundialización que nos ha tocado vivir. Si las mujeres indígenas cambian sus hábitos, su papel y, en última instancia, si cuestionan los usos y costumbres en sus comunidades, lejos de estar atentando contra su particularidad cultural, la están abriendo, enriqueciendo y le están dando la oportunidad de mantenerse viva, actual, vigente.

Como señala Aída Hernández,

ha sido un nuevo movimiento indígena de mujeres, surgido bajo la influencia del levantamiento zapatista, el que se ha dado a la tarea de replantear las demandas de reconocimiento al carácter multicultural de la nación, a partir de una definición más amplia de cultura que incluye no sólo las voces

y representaciones hegemónicas de la misma, sino la diversidad de voces y procesos contradictorios que dan sentido a la vida de un colectivo humano (Hernández Castillo, 2003: 7).

Esta diversidad en la expresión de la ciudadanía ha surgido y ha sido reconocida gracias a la movilización social de sectores que sufrían las grandes inequidades de la sociedad y a los que no les eran suficientes los derechos otorgados para un común denominador de ciudadanos. El derecho a más derechos ha significado una continua lucha.

Así, en el proceso social en el que han participado las mujeres indígenas, en el que han aprendido a hablar en ámbitos más amplios, a organizarse, a pedir, a exigir y a tomar decisiones sobre aspectos básicos para su vida, la de sus familias y de sus comunidades, empezaron a cuestionar también su participación como mujeres en espacios sociales locales, regionales y nacionales.

Las mujeres indígenas han luchado por tener más derechos; un mayor acceso a la educación, a la capacitación en diferentes esferas de la vida, a tomar decisiones como individuo acerca de su vida, sin dejar de interesarse y de ser miembro de la vida comunitaria. Han sido integrantes activas y, en ocasiones, muy visibles, del movimiento indio en sus expresiones más recientes y es interesante, en estos momentos, reconocer cuánto han avanzado, cuánto espacio han ganado respecto a su reconocimiento como actores indispensable en las luchas comunitarias y como mujeres con derechos plenos, aun desde sus particularidades culturales.

En estas regiones del estado de Guerrero, han surgido de manera paralela al desarrollo de importantes movimientos sociales y procesos electorales, distintos tipos de organizaciones de mujeres con el objeto de satisfacer la necesidad de tener ocupación e ingresos en las propias comunidades y un mayor acceso a servicios de caminos, transporte, sanidad, salud, educación y abasto.

Las mujeres de La Montaña han constituido organizaciones para impulsar pequeños proyectos comunitarios de actividades que les son propias y reconocidas como la promoción de molinos de nixtamal, la confección de artesanías, huipiles, la producción de hortalizas y animales: participan en comités de educación, de salud, de abasto, para la promoción de servicios comunitarios, de padres de familia, o bien acompañando actividades de gobierno en posiciones secundarias, cargos en los cuales son poco reconocidas. Estas actividades han puesto en tensión su papel en las relaciones que establecen: han logrado ampliar

sus espacios de participación, han enfrentado nuevos problemas, nuevos retos; se ponen al día en cuanto a sus necesidades, sus carencias, han reconocido las redes que tienen que tejer para fortalecerse y situarse en la sociedad como actoras específicas.

Al contacto con organismos sociales regionales, nacionales y hasta internacionales, ya sea de mujeres, de derechos humanos o partidistas, las demandas de las mujeres indígenas guerrerenses se han ido ampliando y ahora incluyen en sus propuestas la capacitación en diferentes aspectos importantes para su vida en familia y para sí mismas. Su discurso da cuenta de una identidad que se ha ido adecuando a los cambios profundos en que se han visto involucradas por su incorporación a la economía monetaria, a través de la comercialización de sus productos y de la intensa migración a que ha sido orillada, así por su participación en movimientos sociales más amplios.

En la región de La Montaña, las mujeres han participado de distintas formas en los procesos sociales y políticos. Por una parte, en el acompañamiento y participación activa en procesos de lucha contra el caciquismo y por el control de los gobiernos municipales, en su intervención en organizaciones campesinas e indígenas mixtas con demandas por la recuperación de recursos productivos y la obtención de apoyos para la generación de empleos e ingresos locales, aunque también en la lucha por el reconocimiento del derecho a la diversidad cultural. También ha participado en procesos de integración de organizaciones de mujeres mediante grupos de trabajo alrededor de alguna actividad productiva promovida por el mismo gobierno, por grupos religiosos o por organizaciones no gubernamentales.

De organizaciones indígenas mixtas surgidas en los años noventa, como el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia, con presencia en distintas zonas indígenas de la entidad, y la *Zanzekan Tineme* en La Montaña Baja, ha surgido un grupo de mujeres indígenas que han sabido promover organización, mover a las mujeres, difundir sus problemas y coordinarlas. Se han unido a redes como la de las mujeres de la UNORCA, en el caso de la *Zanzekan Tineme*, la Red AMMOR, Asociación Mexicana de Mujeres Organizadas en Red y a la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, que nace en 1997.

De estos proyectos que han conectado a las guerrerenses con distintas organizaciones de mujeres indígenas del país, surgió su interés por integrarse como coordinadora estatal, iniciativa que surge en el primer encuentro estatal de mujeres indígenas de Guerrero, realizado en 1997, pero no fue sino hasta casi cinco años más tarde, que se concretiza dicha posibilidad.

La coordinadora guerrerense de mujeres indígenas nació bajo la necesidad de tener una figura jurídica para tener acceso a recursos y ver materializado su proyecto de la Casa de Salud en Ometepec, en la Costa Chica y uno de sus ejes de convergencia ha sido la salud reproductiva y la muerte materna. Dicha confluencia organizativa les ha permitido también promover la capacitación en diferentes rubros aglutinados en general como derechos indígenas y de las mujeres indígenas.

Este grupo de mujeres, jóvenes algunas, maduras otras, han recorrido ya un buen trecho en la historia del movimiento de mujeres indígenas para combatir en diferentes frentes la incomprensión de un movimiento social que no las considera necesarias, la dureza económica y la marginalidad que se presenta en sus regiones y un alto nivel de discriminación étnico-racial y de género con el que aún las mira la población que se sienta inmersa en la cultura nacional-hegemónica.

En este trabajo revisaremos, en una primera mirada, la experiencia de las mujeres que han participado en una red regional de organizaciones en La Montaña Alta y, concretamente, en uno de los municipios más marginales del estado, Metlatónoc. Con la revisión de este caso, no pretendo ser exhaustiva, sino reconocer sólo aquellos elementos que nos sirvan para dar idea de la complejidad que acarrea la organización de las mujeres de un municipio con más desventajas que ventajas, pero donde las mujeres mixtecas aún creen poder encontrar alternativas para su vida y la de sus descendientes. Agradecemos la generosa ayuda de Florencia Sierra, promotora incansable de la posibilidad organizativa de las mujeres de Metlatónoc. También agradecemos a Felipe Ortiz Montealegre y a Crispín de la Cruz.

Metlatónoc a vuelo de pájaro

Las redes de mujeres en La Montaña Alta se formaron a partir de un proyecto de la Secretaría de Agricultura, Ganadería Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación y, en opinión de algunas personas conocedoras de la región, sus fines fueron meramente políticos, de proselitismo. Estas redes surgieron en el año 2000.

Metlatónoc es un municipio indígena con una población de hablantes de lengua mixteca, casi en su totalidad. A esta condición lingüística se une la participación de su población en el tipo de tenencia de la tierra comunal en un 73.6% (INEGI, 1991). En otro sitio, hemos vinculado este municipio con una subregión de La Montaña Alta, que se ubica en la parte sur oriental en la frontera con Oaxaca, con una escasa superficie de

tierras de humedad y con una gran extensión de bosques. En general, hay poca variedad productiva, aparte del maíz y frijol, cuyo volumen no alcanza a satisfacer las necesidades de una población que aumenta de manera acelerada, dado que constituye el segundo lugar en crecimiento de la población, después de Tlapa, centro económico y político de la región (Canabal, 2001).

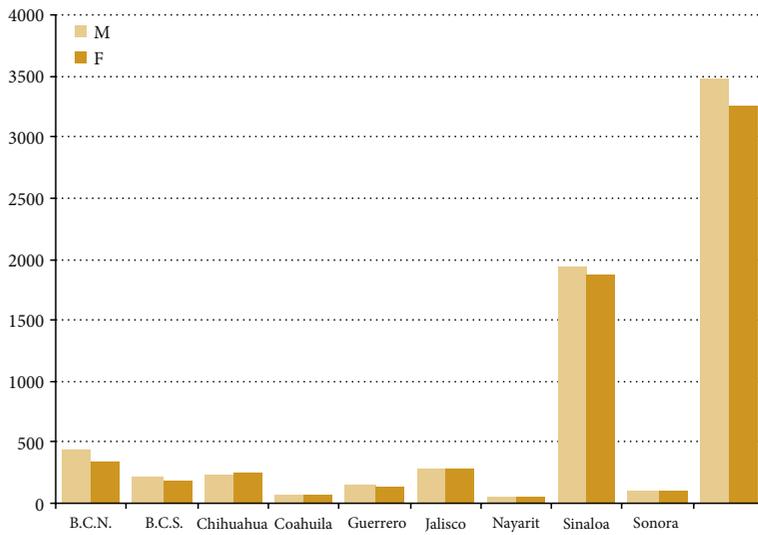
Metlatónoc, con una población de 30 039 en el año 2000 (INEGI, 2000), está ubicado en la zona de La Montaña con los más elevados índices de analfabetismo (80%) y de monolingüismo (49%). Los niveles de instrucción formal son muy bajos, ya que sólo el 2.2% de su población mayor de 15 años ha realizado la primaria y el 1.7% de esa misma población ha realizado estudios superiores. Este municipio se ubica en una zona sin carreteras pavimentadas, con una gran escasez de unidades de salud, de servicios educativos, de energía eléctrica, agua potable, etcétera. Las posibilidades de empleo local son escasas, por lo que es uno de los municipios de donde sale el mayor porcentaje de migrantes de la región (Canabal, 2001). Esta migración se ha notado en una pérdida de población del 42% entre los registros de los censos del año 2000 y el conteo rápido de 2005. En 2000 se registró una población de 30 039 habitantes, y en 2006, 17 398.

La deficiencia de buenos caminos y de centros de salud locales provoca problemas que la población no está en condiciones de solucionar: en entrevista nos señalaban que la clínica está en la cabecera y la salud es un problema grave; hay médicos, pero no medicinas, no hay material para hacer una operación. De acuerdo con testimonios de pobladores, “una persona baleada se muere. Tenemos que ir a Tlapa a cuatro horas por un mal camino. También se han muerto embarazadas que tienen algún problema”.

Cuadro 2. Metlatónoc, población jornalera migrante hacia el noroeste, 2005.

| Destino | Total | | |
|-----------|-------|-------|-------|
| | M | F | |
| B.C.N. | 438 | 340 | 778 |
| B.C.S. | 223 | 183 | 406 |
| Chihuahua | 237 | 246 | 483 |
| Coahuila | 65 | 60 | 125 |
| Guerrero | 144 | 134 | 278 |
| Jalisco | 284 | 283 | 567 |
| Nayarit | 52 | 52 | 104 |
| Sinaloa | 1 936 | 1 872 | 3 808 |
| Sonora | 105 | 95 | 200 |
| | 3 484 | 3 265 | 6 749 |

Gráfica 2. Migración de Metlatónoc, 2005.



Fuente: Programa con Jornaleros Agrícolas, 2005.

Se trata de comunidades que han sido muy desprotegidas por los programas y por el financiamiento para el desarrollo rural, situación que ha pretendido compensarse con la entrada de créditos Pronasol, con los apoyos de Procampo y ahora el programa de Oportunidades que por su pequeño monto y el tipo de programas de que se trata, sólo inyectan recursos para resarcir un poco las posibilidades de auto subsistencia de las familias montañeras, pero que no promueven la posibilidad de alternativas económicas reales.

En distintos foros, las mujeres indígenas han señalado que los proyectos productivos y de otro tipo que impulsan distintas oficinas de gobierno, no constituyen una alternativa real para las mujeres pues no representan demandas propias y, muchas veces, sirven para la manipulación política.

Metlatónoc es un municipio expulsor de población. En 2001, el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas registró la salida de 4 612 personas del municipio en 15 comunidades, cantidad que se ha duplicado, ya que, de acuerdo con su reporte de migración de la temporada 1995-1996 (Pronjag, 1995, 1996, 2001) salieron 1 918 personas a los campos agrícolas del noroeste. Actualmente se nota el crecimiento del número de personas que salen de este municipio hacia los campos del noroeste, de acuerdo con los datos del mismo programa que marcan 6 749 migrantes en 2005, que corresponden a la mitad de la fuerza de trabajo femenina, como se puede observar en la gráfica 2.

La migración a Estados Unidos es también importante. Tan sólo de la cabecera se calcula que hay como 200 personas en Estados Unidos que se han ido conectando con parientes que se fueron primero.

“Allá se acompletan las familias” (*sic*), trabajan algunos años en fábricas o en los campos y después regresan. Mandan dinero para comprar terrenos y construir casas pero ya en la ciudad de Tlapa, no en el mismo municipio. No hay un patrón en el retorno en este tipo de migración: algunos se han ido hasta ocho años y no han regresado y otros regresan a los seis meses. Cuando vuelven, saben que van a estar desempleados (Entrevista con Felipe Ortiz Montealegre).

Las mujeres han formado parte importante de la migración en este municipio, ya sea como hijas o esposas de migrantes, o bien como mujeres solas o viudas. De Metlatónoc salen mujeres hacia Nueva York, California, a los estados de Morelos, Chihuahua, Sinaloa; al trabajo en campos y en ciudades. Una de las jóvenes de la cabecera con quienes hemos platicado, nos dio su testimonio de la vida en los campos de Sinaloa.

Fui primero a un campo Lourdes, Cinco y Medio, Costa Rica; yo tenía ocho años y a la semana yo recibía unos 200 pesos. Me iba con mi papá y mi mamá, eso hice tres años. Entré a primero y ahí estuvimos en octubre y mi papá me inscribió en una escuela de ahí, en mayo seguí aquí, me entregaron mi boleta y en segundo año, hice lo mismo. Salíamos del trabajo hasta las 6pm- llegaba, me baño y voy a las ocho hasta las diez a la escuela, sí, era muy cansado (Entrevista con jóvenes dirigentes de la cabecera de Metlatónoc).

Otra joven animadora de la organización *Natisabi* (Mujeres mixtecas), comenta que fue a los campos de Sinaloa de recién nacida

tenía como dos años y tres años, ya después fui de grande a la edad de 12 años, recuerdo que murió un niño por tomar agua del canal. En los canales la gente lava y también se baña, de allí dicen que filtran el agua para tomar... Nosotros los pobres nos evitamos de vivir nuestra niñez, nos dedicamos al trabajo. No puede uno jugar en los campos porque llegan los mayordomos y te reprenden. A las señoras que se alivian les dicen, si trabajas, tienes casa, si no trabajas, no tienes casa (Entrevista con jóvenes dirigentes de la cabecera de Metlatónoc).

La vida en este municipio situado en las partes más incomunicadas de la región de La Montaña transcurre en una compleja problemática social con múltiples carencias en productos básicos, en ingresos monetarios, en atención y buenos servicios, que se combina con una rica vida comunitaria llena de fiestas, celebraciones, arte popular, presencia de ONG's, partidos políticos,

cos, nuevas formas de religiosidad en una de las cuales participa el actual presidente municipal.

Así se presenta la vida comunitaria de este municipio en el que permanecen elementos tradicionales que aún la rigen, elementos de conflicto y cambio por la participación de sus habitantes en procesos como la migración, los procesos electorales, la conformación de redes de organizaciones sociales, ONG's, la presencia de la Iglesia católica, de nuevas opciones religiosas, de asesores internos pero con trabajo fuera de la región. Es un municipio con graves problemas de inseguridad y de violencia por la presencia del ejército y el narcotráfico.

En este contexto, que pinta lo local y lo doméstico de los colores de la región, de la política estatal y de lo nacional, viven las mujeres, mismas que, en su mayoría se trata de mujeres solas, dado que muchos de sus maridos se han ido para el norte, pero también se trata de mujeres viudas o solteras que ya son cabeza de sus hogares.

En la cabecera nos informaban que la violencia deja muchas viudas: “hace como diez años hubo mucha violencia con la presencia de los soldados, veían a la gente humilde que tenía animales y se apropiaban de ellos, de la casa, de todo, violaban a sus mujeres, a sus esposas, a sus hijas, no había nadie que los defendiera porque estaban en lugares lejanos. A veces los hombres se vengaban y hubo soldados muertos” (Entrevista con jóvenes dirigentes de la cabecera de Metlatónoc).

En Metlatónoc se conformó una organización llamada *Ñatisabi* (Mujeres Mixtecas) promovida por la señora Florencia Sierra, promotora mixteca de dicha comunidad que ha trabajado en el INI y que tiene amplia experiencia en la promoción comunitaria. En su trabajo con esta institución ha impartido talleres, cursos; ha promovido y ha acompañado diversos proyectos. Esta organización se dedica a la hechura de huipiles de la región.

Esta dirigente mixteca, originaria de dicho municipio, provenía de un movimiento social más amplio de hombres y mujeres con fines más políticos, por lo que pretendió, en un principio, incorporarlos en una sola organización, pero los hombres fueron más resistentes y se propuso entonces que las mujeres se organizaran, incluso los hombres apoyaron esta decisión.

En principio, ella informó que podrían iniciar los trabajos de la organización dando talleres de salud reproductiva, de los derechos de la mujer y, en una relación de las participantes voluntarias, se inscribieron alrededor de 78 mujeres (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

Al inicio, en 1999, las mujeres se entusiasmaron porque de esta forma podrían obtener algunos recursos, ya que no les llegan con facilidad, pues Metlatónoc es uno de los municipios más aislados y marginales de La Montaña Alta. La promotora insistió en que era necesario primero reunirse, reconocer las necesidades que tenían y en qué tipo de proyectos podrían participar. La promoción de la organización continuó con reuniones para sensibilizar a las mujeres en torno a la importancia de organizarse y de capacitarse. De la primera lista, sólo quedaron como treinta. Algunas arguyeron que no podían destinar parte de su tiempo en estas actividades, otras que no tenían el permiso del marido y, otras más, que tenían que cuidar a los hijos. Las que quedaron propusieron que las coordinara la asesora, y ella misma propuso que fuera una de ellas, Guadalupe, quien sigue siendo la presidenta de la organización (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

En total, los proyectos que han tenido estas mujeres son el del tejido de los huipiles, uno de parteras, la farmacia, la tienda y la estética, que no pidieron, pero que de todas formas se las dieron y ahora están gestionando un proyecto de peces. Se empezaron a dar pláticas en torno a la salud reproductiva y se empezó a realizar saneamiento básico en las calles de la cabecera. Se consiguió el crédito para iniciar las actividades con el fondo regional para apoyar la tienda de productos básicos y otra de materia prima para bordados de huipiles.

Las mujeres asistieron a las pláticas que animaron la conformación de la organización y se concluyó que era importante rescatar la confección del huipil, se diseñó un proyecto y se consiguió el apoyo necesario.

Entonces ingresamos a la red Tepecxochitl. En ese proyecto participaron 30 mujeres y algunas de ellas aprendieron a participar de manera más abierta. Un grupo se dedicó al tejido y bordado de huipiles. Se formó también otro grupo de parteras que fueron capacitadas; se trata de un grupo de mujeres ‘muy mayores’. Eran once mujeres y un hombre, también partero, quien ayudaba a la otra partera, a rezar para que nazca bien el niño y a quitarles el mal aire.

De ese grupo se salieron tres parteras y el partero porque estaban acostumbrados que al recibir capacitación “se les dieran viáticos”, ya que así se acostumbraba por algunas ONG's. No entendieron la importancia de la organización, pues no veían ninguna ventaja a corto plazo. Quedan nueve que continuamente reciben capacitación (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

En esta comunidad, tradicionalmente se han confeccionado huipiles en telares de cintura con figuras propias. Son prendas muy elaboradas que se confeccionan durante varios meses de trabajo, por lo que su precio es alto y su venta escasa. Ahora, las mujeres están haciendo algunas innovaciones para poder vender más: pretenden hacer tarjetas de navidad, monederos, servilletas y manteles con el mismo tipo de tejido. Esta producción se vende en Tlapa y en tianguis artesanales que organiza Sagarpa, aunque las mujeres buscan sus propias posibilidades de venta.

La producción de huipiles no genera muchos ingresos, ya que no se paga el tiempo ni la calidad de su confección, pero ha significado una alternativa de ingresos para las mujeres y la posibilidad de asistir a algunos concursos, exposiciones o talleres y se han contactado con personas externas de la comunidad. Se nos manifestaba que las tejedoras reciben al año de mil quinientos a tres mil pesos que “usan a veces para revender refrescos o cervezas y ahí sale poco a poco” (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

La organización mantiene el control de una tienda de artículos básicos y una farmacia que están en el mismo sitio. Con la farmacia han tenido algunos problemas, ya que necesitan un encargado que sea profesionista en el ramo, pero ahora ya tendrán la participación de una enfermera integrante de la misma organización. También es difícil mantenerla surtida, pues a veces no tienen acceso a medicamentos más baratos y de buena calidad.

La tienda ha traído beneficios a la cabecera municipal, pues las personas pueden comprar más barato. Trabajan por turnos “se turnan entre ocho y diez mujeres para atenderla” y las participantes la valoran mucho, pues a partir de ella pueden iniciar o apoyar otros proyectos (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

Están empezando a realizar un proyecto de criadero de peces, pero aún no cuentan con el recurso necesario para arrancarlo. Las mujeres pretenden que se produzca para abastecer a la comunidad en su consumo de pescado.

Las jóvenes más activas señalan que quieren tener la tienda para que les genere recursos y en el futuro ayudar a los niños que no tienen padres y poner un internado. Pretenden así “ayudar a nuestra gente porque aquí no solamente en Metla sino en todos los demás estados de la república, nosotros los indígenas hemos sido muy discriminados; yo crecí en Tlapa y en otros lugares como Tlayacapan en Morelos, cuando llegábamos allá nos decían los oaxacos, como indios, así nos conocían” (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

La organización cobra vida y presencia a partir de la tienda, la farmacia, el expendio de materiales para el tejido. Las tejedoras de huipil lo elaboran en sus casas y se reúnen sólo cuando hay algo importante que tratar, cada vez que se les requiere y hay información que socializar. Las mujeres se reúnen con dificultades, pues tienen muchas tareas en sus casas, pero se saben y se reconocen como de la organización formada por 30 o 40 mujeres que se dividen en grupos para hacer sus proyectos.

Una organización como ésta, donde participan mujeres mayores y unas cuantas jóvenes que intentan hacerla avanzar, clavada en una zona con tantas carencias y donde todavía no es habitual reconocer que las mujeres puedan tener una presencia más importante, se encuentra llena de dificultades y obstáculos para poder avanzar.

Los obstáculos surgen desde las familias que no ven resultados económicos a corto plazo: esta opinión la han expresado los hombres y también las mujeres que piensan que no obtienen nada rápido. Las mujeres tienen muchos problemas por las cuestiones de dinero que no ven a corto plazo ni que les beneficie directamente.

Las señoras de la organización no valoran lo poco que han recibido porque quieren recibir y recibir y si dejan de recibir un tiempo dicen que ya no lo estamos comiendo, así es la expresión de ellas [...] No valoran si se busca mercado a sus huipiles, han sido muy engañadas y ya no creen, creen que todos sacamos provecho de su trabajo. No creen en favores de nadie (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

La tienda no ha funcionado como quisieran sus animadoras dado que no han conseguido apoyo para comprar los productos a precio barato. “Liconsa no da barato, sólo regula los precios. No tenemos casi ganancia por lo que no hemos podido saldar la deuda que tenemos con el fondo regional” (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

El transporte hasta acá es otro problema, Licons sólo ofrece transporte de acuerdo con la cantidad de productos que se adquieran.

La desconfianza entre las mujeres es un problema importante para impulsar más la organización. En este mismo tenor, hay mujeres que piensan que las asesoras tienen como objeto “meterlas” a alguno de los dos partidos políticos, aunque les hayan informado que la organización no es partidista. Este problema se ha ido superando, pero crea suspicacias, ya que en los proyectos hay mujeres priístas y mujeres

perredistas. También la gente desconfía de los programas de gobierno; “ha sido muy engañada por los políticos que llegan en busca de apoyo y después no cumplen con nada de lo prometido” (Tejedora de la cabecera de Metlatónoc).

Otro tipo de problemas, además de la falta de resultados económicos a corto plazo y de la desconfianza, es la falta de la capacitación que en zonas como éstas es de primordial importancia: “las mujeres no están preparadas para la administración de los fondos. Se supone que las agencias que financian tienen que capacitar a las mujeres, pero dan los cursos en español, las mujeres no entienden y tenemos que traducirlos. Sólo son pocas las que hablan español y algunas que ya han estudiado como las del proyecto de la tienda que son chavas de 18 a 20 años” (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

En general, la organización está formada por mujeres mayores de 25 años que ya están casadas y tienen muchas obligaciones en su casa, por lo que no pueden participar de manera más frecuente. Sólo hay alrededor de tres o cuatro muchachas que son solteras y son las que animan la organización y los proyectos; se trata de jóvenes que ya estudiaron hasta el bachillerato, aun con todas las limitaciones que tuvo su educación en la cabecera municipal.

Los hombres manifiestan mucha desconfianza en estas actividades:

como han habido reuniones y algunas pequeñas marchas hablando del derecho de las mujeres, los hombres han empezado a bloquear la organización porque dicen que ahora sí, las mujeres se les van a montar, que ya no van a hacer el nixtamal [...] piensan que uno quiere cambiarles la mentalidad a la mujer pero no en el beneficio sino en el mal, algunas ya desertaron. En la organización ya quedan entre 40 y 45 mujeres (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

La lejanía y la falta de mejores medios de transporte limita el desarrollo de este tipo de organizaciones que requieren de muchos apoyos y acompañamiento: “se necesita mucho tiempo disponible para el transporte entre las comunidades, y más en tiempo de lluvias: no podemos salir por los relámpagos y truenos, nos da miedo [...] el acceso a las comunidades del municipio es muy difícil, tenemos poco contacto con otras organizaciones, la más cercana de nosotros es Florencia que nos ha impulsado y animado” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

La opinión de la comunidad acerca de la organización es un elemento importante:

Cultura y género en la población afrodescendiente de la Costa Chica de Guerrero

Haydée Quiroz Malca*

[...] es el otro y su mirada, la que nos define y nos forma. Así como nosotros —no logramos vivir sin comer o sin dormir— tampoco logramos entender quiénes somos sin la mirada y la respuesta del otro [...]

Este párrafo de Humberto Eco (1997: 107) trata de recordar que estamos definiéndonos, definiendo y siendo definidos por los demás constantemente, en un proceso que es multilateral. Esto también nos debería llevar a reflexionar que uno mismo, el otro, la otra, los otros, las otras, tenemos diferentes maneras de mirar y juzgar, y es a partir de esta situación o posición, donde cada quien está ubicado, que se inicia este juego sin fin.

Si pensamos en hombres y mujeres como seres diferentes, pero también como parte de este proceso de identificación/separación, ubicados en espacios y tiempos delimitados, tal vez podríamos proponer una manera de acercarnos a las comunidades en las que trabajamos con un sesgo etnocéntrico menor o, cuando menos, más consciente.

Aceptar la afirmación de que es el otro(s) o la otra(s) y su mirada(s) lo que nos define y nos da forma, implica, pues, que en la investigación antropológica, en este caso, somos el otro u otra definiendo y dando forma a la gente con la que estamos realizando nuestra respectiva búsqueda, sin que esto niegue el proceso en el sentido contrario, es decir, que ellos y ellas a su vez nos definen y dan forma. Tal vez, la única diferencia consiste en que nosotros lo escribimos, discutimos y publicamos con cierta sistematicidad.

En realidad, se trata solamente de recordar que cada investigador o investigadora habla o escribe desde una ubicación social, temporal, de formación o deformación profesional determinada. Existirán también múltiples maneras de acercarse a lo que, en mi caso, sería la cultura y el género en la población afrodescendiente de la Costa Chica de Guerrero. Para presentar nuestro argumento de una manera muy puntual, describiremos el espacio, y a continuación las categorías analíticas: cultura y género, y de manera paralela explicaremos cómo se aplican en los habitantes de la región con énfasis en los afrodescendientes.

La región y sus pobladores

La Costa Chica de Guerrero es una franja costera que abarca desde el sur de Acapulco hasta Huatulco, en el estado de Oaxaca. Este espacio geográfico es compartido por la población de origen africano, conocida localmente como “morenos”, asentada preponderantemente en las partes bajas, más cercanas al mar, por lo que se les dice también “abajefios”. Los indígenas de diversos grupos, como los tlapanecos, mixtecos, amuzgos y algunos nahuas, que se asien-

* Profesora investigadora del Departamento de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

tan preferentemente en las partes un poco más altas y frescas, por esta razón se los conoce como “arribeños”. También encontramos a los llamados “mestizos”, que habitan en casi toda la región. Esta forma de asentamiento, que se originó con la conquista, ha ido cambiando, según se han desarrollado diversos procesos históricos económicos y sociales. Desde hace más de una década, además de los movimientos internos de población, se ha incrementado y ahora se constata una notoria migración internacional.

Al hablar de afrodescendientes o población de origen africano, me refiero al grupo que fue sometido a una situación de esclavitud y trasladado por la fuerza, a partir del siglo *xvi*, a la entonces Nueva España. Luego de su arribo, se mezcló con los indígenas originarios y con los conquistadores. No existe todavía un consenso sobre cuál sería la manera más adecuada para definirlos. Aguirre Beltrán (1985: 69), que fue el pionero en trabajar con este grupo, los definió como *afromestizos*, categoría que se ha continuado utilizando, en algunos casos sin mencionar la fuente, y en la mayoría sin discutir el sentido de la definición. En este texto nos referiremos a ellos, indistintamente, como población de origen africano, afrodescendientes o *afromexicanos*, que solamente son palabras que intentan señalar una diferenciación a partir de su origen, ya que todavía está pendiente una discusión más exhaustiva. Pero señalaremos que, a partir de este origen común, son portadores, creadores y recreadores de formas culturales que los distinguen de los otros grupos que habitan en esa región.

Los orígenes y presencias diversas en la Costa Chica tienen, a su vez, expresiones culturales igualmente distintas, que van desde las formas de vestir, la comida, la bebida, el idioma y las fiestas. En muchos casos celebran a los mismos santos pero —de un grupo a otro— los festejos adquieren matices propios, que están relacionados con sus orígenes y su desarrollo histórico, que los han ido definiendo como grupos con identidades diversas, que son muestra de pluralidad cultural.

Otro punto de partida importante, que se deriva del anterior, es que difícilmente podríamos entender lo que sucede ahora, si no nos remontamos a las complejas redes que se fueron tejiendo a lo largo de la historia entre los habitantes, la economía, sus expresiones culturales, el medio ambiente y los factores externos que los han influido.

En la actualidad, la Costa Chica, tiene una variada gama de actividades económicas, entre las que podemos mencionar la ganadería, actividad asociada a la llegada de los conquistadores que introdujeron el ganado vacuno a la región, y que había estado escasamente integrada a la economía nacional; a excepción del ganado vacuno, que era consumido internamente, surtía al puerto de Acapulco y se trasladaba para su venta hacia el actual estado de Puebla. Para su explotación fue que se introdujeron esclavos africanos o de origen africano desde el siglo *xvi*, porque a los indígenas de la región además de haberlos diezclado, los expulsaron de las tierras bajas creando grandes latifundios, como

lo señalan Aguirre Beltrán (1985: 29-51) y Dehouve (2001:43-53). Fueron estas grandes estancias ganaderas a donde llegó un considerable grupo de africanos y sus descendientes, y también Aguirre Beltrán sostiene que llegaron cimarrones y se asentaron en la región, que estaba bastante aislada del resto del país. La agricultura de milpa se centraba básicamente en la producción de maíz y frijol para el autoconsumo local/regional. Un elemento importante en esto fue la ausencia de caminos que la integraran tempranamente, esto se explica en parte por la presencia de caudalosos ríos. Es probable que ésta haya sido una de las causas para que todavía en la actualidad podamos encontrar grupos *afromexicanos* diferenciados.

Debemos recordar que la carretera que va desde Acapulco por la costa hacia el sur, recién se construyó después de los años sesenta del siglo *xx*; gracias a este medio de comunicación, la región se fue integrando paulatinamente a la economía nacional, además de que se empezaron a sembrar cultivos para demanda externa, como *copra*, *ajonjolí* y *jamaica*.

También debemos señalar que una parte de la población complementa las actividades arriba señaladas, con la pesca y algunas labores artesanales relacionadas con la producción de sal, de pan y diversos artículos de barro; esta producción artesanal ha estado relacionadas también con la demanda local/regional y, en algunos casos, estos artículos iban fuera de la región. Los afrodescendientes han estado ligados a la mayoría de estas actividades, y una manera metodológica de separarlos serían sus expresiones culturales que marcan ciertas fronteras simbólicas en esta multiplicidad de redes de intercambio entre ellos y sus vecinos.

La cultura y sus expresiones

Si bien en México se han hecho diversos trabajos sobre la presencia africana en nuestra cultura, tanto desde el punto de vista histórico como etnográfico o antropológico, como sostenía líneas arriba, sería complicado e inadecuado señalar o tipificar ciertas expresiones culturales como “pertenecientes” al grupo de población de origen africano, y menos como “africanas”.

Por todas estas razones, me remito a la propuesta de Wolf (1987) sobre cultura, que debería ser entendida como un proceso en el que intervienen los individuos y sus grupos de pertenencia, en un continuo movimiento de creación y recreación, de afirmación y negación, inmersos también en múltiples juegos de poder. Esta afirmación llevaría a pensar en cambios constantes, producto de las múltiples relaciones que se establecen entre los diversos grupos, que marcan fronteras muy frágiles, crean “nuevas tradiciones”, ajustan las costumbres. El devenir cotidiano las pone en constante movimiento, además de los intereses y manejos de poder entre los integrantes de los grupos, situación que nos sugiere observaciones más finas de los protagonistas, tanto en lo histórico como en el aquí y ahora. Esto se complementaría con las afirmaciones de Bonfil (1993: 222-234) respecto a que el cambio se cons-

tituye en la manera constante de ser de todas las culturas, lo que, a su vez, nos lleva a aceptar que todas ellas son modernas, de lo contrario no hubieran sobrevivido a lo largo de la historia. Lo que ha sucedido es que unas culturas han actualizado su manera de imponerse a otras y éstas han hecho lo propio con sus respuestas.

Me interesa señalar que todos y cada uno de los protagonistas de esta historia —los grupos afrodescendientes y los indígenas— estuvieron siempre en un proceso de multiplicidad de intercambios, reciprocidades y pugnas —siguiendo a Bonfil (1993) y Barth (1976)—, que les permitió afirmar sus autoadscripciones identitarias, pero también el establecimiento de una suerte de resignificaciones. Los antiguos conquistadores convertidos en encomenderos, estancieros y ahora en caciques, también estuvieron presentes de varias maneras y han jugado diversos roles en este juego poder y dominación económica, pero también ideológica y política, atizando los aspectos conflictivos entre los indígenas y afromestizos, en su beneficio.

Pero habríamos dejado de lado la consideración de que las desigualdades no se limitan a lo cultural (muchas veces se comparan danzas, devociones y festejos, lo cual no borra las diferencias), sino también a lo económico, social, político, lo que es una cuestión de poder, por ello el análisis y la comprensión de los fenómenos deberían abarcar estos frentes diversos. Si descuidamos estos elementos, la presentación y explicación que hacemos de los afrodescendientes, quedarían sólo en estereotipos de algunos rasgos que les hemos asignado y que en parte han sido asumidos como “propios”. Teniendo presente todas estas consideraciones, es pertinente señalar algunas expresiones reconocidas en la Costa Chica de Guerrero como “afromestizas”: la danza de los diablos, de la artesa, la chilena, aunque también hay formas de cocinar, de hablar, y hasta de expresión corporal que responden a esta marca local. Sin embargo, la mayoría de estos elementos son compartidos, en la actualidad, con otros grupos que les dan sentidos distintos. Lo único que nos queda claro es que la realidad es mucho más compleja y que aun no tenemos una respuesta satisfactoria.

Género en grupos afrodescendientes

Consideramos, como muchos autores, que el género es una construcción cultural, que es cambiante de acuerdo con los fenómenos que se desarrollan en las comunidades de adscripción, que es dinámico según la generación y posición social y económica de las personas. Por lo tanto, para la población de origen africano, es también un proceso de afirmación y renegociación permanente que se da de manera dialógica como cualquier adscripción identitaria. En los siguientes párrafos enfatizaremos en la construcción del género para las mujeres afrodescendientes de la Costa Chica, con un muy breve contexto histórico.

El señalamiento de Cecilia Rossell (2003) en el análisis que hace sobre los códigos Selden y Mendocino, sobre el papel de las mujeres prehispánicas, según la generación: niñez, plenitud

y vejez, y cómo en cada etapa cumplían roles diversos, se mantiene vigente en los diversos grupos sociales. La misma Rossell menciona que las mujeres, en su mayoría, tenían equidad en su participación en diversos planos de la vida: doméstica, guerrera y ceremonial, junto con los varones. Aunque la fuente analizada no sirve para generalizar, tenemos que reflexionar sobre sus aportes, dado que corresponden a una región con relativa cercanía a la que trabajamos. Si bien llama la atención sobre los roles relevantes que cumplían las mujeres en la época prehispánica, a modo de hipótesis pensamos que probablemente continuaron durante la conquista y la Colonia, aunque el dominio colonial haya buscado imponer nuevos modelos.

Claro que, en nuestro caso en concreto, tendríamos que reflexionar sobre qué sucedió en esta nueva conformación de identidades de grupo, cómo se reestructuraron los modelos, en los que tal vez se podía hacer alguna remembranza de la posición que las mujeres tenían en sus diversos grupos de origen (africano, indígena y occidental), y cómo en esa obligada integración se crearon formas nuevas en este complejo proceso de reestructuración cultural frente a la nueva situación de dominación. Damos por hecho que hubo un fuerte mestizaje debido a que llegaron una mayor proporción de esclavos africanos o sus descendientes, que se mezclaron con las mujeres indias de la Costa Chica y esto debió tener repercusiones no sólo en el mestizaje fenotípico, sino, y especialmente, en la posición y reestructuración de los roles de las mujeres en los grupos ahora conocidos como afrodescendientes.

Hasta hace poco nos costaba trabajo entender el lugar de las mujeres, salvo que fuera el de sometida y/o víctima, dado que, como lo señala Lila Abu-Lughod (2003), nuestra mirada estaba atravesada por una fuerte carga colonial y poscolonial; en su propuesta crítica a los modelos feministas occidentales con los que se pretendió examinar a muchas sociedades, en especial del Oriente Próximo. Para nuestro país, se han venido haciendo aportes en este sentido, como el de Mummert y Ramírez Carrillo (1998), que compilan una serie de trabajos en los que se empieza a matizar, sobre diversas etnografías, cómo las mujeres tienen, ejercen poder, o cómo lo van adquiriendo gracias a la realización de actividades, bien sean tradicionales o nuevas, como la artesanía, el comercio, o con su ingreso como trabajadoras asalariadas.

Respecto a la posición de las mujeres en comunidades afrodescendientes, en un trabajo anterior (Quiroz 1998:165-170) se había detectado una situación relativamente igualitaria, particularmente las que pertenecen a grupos domésticos productores de sal.

Siguiendo la propuesta de Wallerstein (2004: 224-239), las unidades domésticas deberían ser la base del análisis primario, porque en éstas se incluyen diversos elementos, que cruzan tanto las tareas domésticas como las productivas, que, en la realidad, están casi siempre traslapadas. En mi trabajo, tomo al grupo doméstico como una unidad de producción y consumo, por tanto, un espacio de conflictos, alianzas y reciprocidades,

y fue al interior de éstos que traté de observar el papel no sólo económico, sino también socio-cultural y de manejo de poder, que juegan las mujeres de origen africano.

En los afroestizos, la unidad o grupo doméstico es el núcleo social básico organizador de la producción, con base en una elemental división del trabajo que tiene que ver con la edad y el género (las actividades se definen como masculinas y femeninas no en función a la naturaleza o sexo de las personas, sino en la forma en que en cada grupo cultural son percibidas). Los artículos que produce el conjunto de los miembros de la unidad doméstica, y específicamente las mujeres, en parte se destinan a cubrir las necesidades del grupo y en parte se asignan a la venta y al cambio (forma local para referirse al trueque de mercancías, sin que haya dinero de por medio), tanto local como regional. El producto de la comercialización de los mismos se destina a cubrir parte de las necesidades monetarias de los miembros de estos colectivos.

De acuerdo con nuestros avances, se puede afirmar que las mujeres, en su mayoría afrodescendientes, son las administradoras de los recursos productivos y del dinero de sus grupos domésticos. Es muy difícil que se tome una determinación sin su opinión, aunque ellas sí están facultadas para tomar decisiones sin haber hecho consultas previas, en el entendido de que van encaminadas al bienestar del grupo familiar.

Aunque, en muchos casos, no tengan derechos tradicionales de herencia por línea paterna ni materna, tienen derechos sobre las propiedades de sus maridos. También dentro de esta tendencia se pueden presentar ciertos cambios y matices relacionados con la presencia o ausencia de pareja, es decir, si son madres solteras o mujeres independientes con hijos, no sólo reciben, sino que ellas a su vez otorgan herencia a hijos e hijas.

Otro elemento que vale la pena señalar es el valor social del trabajo tanto de hombres como de mujeres, pero también de los niños y niñas. Tener hijos implica tener mano de obra que apoye las labores de los padres; la diferencia estriba, tal vez, en que este hecho es valorado positivamente.

Un segundo factor relacionado con la división del trabajo tiene que ver con el género, porque existen tareas que cultural-

mente son consideradas como masculinas o femeninas, aunque algunas o la mayoría de ellas puedan ser ejecutadas indistintamente por ambos sexos, es decir, son mixtas. Estas labores no siempre están en relación directa con el esfuerzo físico, sino que son distribuciones culturales que van variando de región en región y obviamente de cultura en cultura.

En este caso será bueno tener presente la propuesta de Moore (1991: 60) de analizar no sólo el valor económico del trabajo, sino también, y tal vez mucho más importante, su valor social. Cabe señalar que, en este sentido, no existen valoraciones positivas o negativas en relación con las tareas de los hombres, las mujeres, los niños y las niñas; el valor estriba en el aporte en sí mismo. Es probable que el valor que tienen los individuos, tanto hombres como mujeres, niños y niñas, como aportadores de trabajo, sea uno de los factores que influye en una valoración menos prejuiciosa del trabajo tanto productivo como doméstico. Porque considero que se tiene que explorar tanto la valoración que tienen los individuos a cerca de su trabajo, como la valoración social de la comunidad y colectividad.

Nuevas preguntas

Una pregunta que nos hacemos ahora es sobre el futuro de los grupos de afrodescendientes, y las mujeres, frente a las nuevas situaciones, con el incremento cotidiano del fenómeno migratorio. Por un lado, la migración no se circunscribe sólo a los hombres, pues están migrando tanto hombres como mujeres. Cuando se terminen de construir y hacer arreglos en las casas, así como de comprar aparatos electrodomésticos, ¿hacia dónde se van a orientar los ingresos excedentes?, ¿seguirán siendo las administradoras del dinero?, ¿cambiarán sus posición frente a los nuevos roles que se generan a partir de la migración?... son nuevas situaciones a las que se verán enfrentadas las comunidades afrodescendientes, de las que aún no tenemos respuestas claras, pero sí muchas interrogantes, en especial con relación a las mujeres, su ubicación, posición, manejo y negociaciones al interior de sus respectivos grupos domésticos. ■

la gente nos considera las más locas del mundo, "hay, estas locas ¡como andan en la calle! Dios mío, los papás no tienen educación con ellas, no les enseñaron a respetar, no están en su casa". Nos critican mujeres, hombres, las que hablan más son las mujeres, pero no en nuestra cara. Por eso las casadas casi no vienen y no participan mucho, llegan por eso mismo a tener problemas con el marido. Para nosotras como jóvenes también es difícil porque nos sentimos rechazadas en cierta forma. Dicen cuando andamos en un trabajo que tengamos cuidado que hay un señor que está hablando mucho de ti diciendo que no sabe porqué andas

mucho en la calle, y nos sentimos mal. Nosotros seguimos porque si le hacemos caso a la opinión pública ¿cuándo vamos a lograr nuestro objetivo? (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Evidentemente, la línea de la pobreza atraviesa toda la problemática y los obstáculos de una organización como ésta: señoras de la organización sienten que no les va bien en el proyecto, ya que necesitan que "luego luego", les den dinero para comer y alimentarse diariamente, por eso querían el proyecto, piensan, sin embargo, que en un futuro obtendrán beneficios. Se trata de una población que ha recibido dinero por

agencias privadas y públicas para su sostenimiento, pero que nunca es suficiente, dadas las condiciones que tienen y, además, no es dinero destinado a la inversión. Una de las asesoras les insiste en que “si de veras tienen muchas ganas de conseguir dinero, vamos a conseguir trabajo entre todas, organizadas” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Sin duda, el papel de las animadoras de los proyectos y de la organización ha sido fundamental; sin embargo, se siente que son pocas, que las separa la distancia física entre Tlapa y sus pueblos, que no hay más mujeres capacitadas de quien echar mano y que se muestren comprometidas con este proceso organizativo.

En general, las mujeres que participan en la organización tienen muy buena opinión de Florencia como principal animadora de los proyectos.

Flora es una señora muy linda, es admirable porque ha hecho cosas, ha apoyado mucho al municipio, a la gente, ha hecho cosas con las mujeres y ella empezó esos proyectos con la finalidad de que las estudiantes estuvieran dentro de los proyectos y siguieran estudiando. Florencia es una señora admirable porque a pesar de que tiene su vida, ella se las arregla y nos dice, hay que trabajar, estamos por ella en proceso de conseguir más apoyo para el terreno del proyecto de los peces” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Las tres jóvenes que mueven más la organización sienten que tienen muchas tareas que cumplir. Las otras no salen porque tienen marido. Aun así, manifiestan que “Las señoras grandes no les hacen caso a las jóvenes, las llaman inexpertas. Hay algunas que son grandes y saben comprender, pero son contaditas, la mayoría nomás escuchan y se ríen” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Sin embargo, a pesar de tantas limitaciones, se perciben logros en voz de una de las jóvenes mixtecas animadoras del grupo: “los proyectos no van mal, pero tampoco van bien, somos estudiantes las que apoyamos, nuestro tiempo es limitado” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Muchas de las mujeres que han participado sienten que no han tenido ningún beneficio, que nada más pierden el tiempo. Las que se han quedado en la organización manifiestan que les gusta participar, ir a las pláticas, participar en los proyectos productivos. Saben que obtendrán beneficios, pero algunas se desesperan y se salen porque ven que es mucho trabajo, que necesitan asistir a las reuniones cada dos meses, acudir a las pláticas y talleres. A veces, para

que las mujeres puedan seguir asistiendo, se informa a los maridos de los acuerdos (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

La comunidad y el ayuntamiento ya reconocen a la organización, las invitan y les dicen “las *Ñaisabi*”. El ayuntamiento, que es del PRD, las apoya, da recursos para talleres pequeños, para eventos o para las marchas. Cuando entra un nuevo ayuntamiento, las mujeres tienen que luchar para “que nos dé nuestro espacio” (Entrevista con Florencia Sierra, Tlapa, Gro. 2003).

Es difícil en un medio así, con tantas carencias, reconocer logros muy palpables, dado que la gente necesita urgentemente algo concreto. En estas regiones, el problema es la sobrevivencia de todos los días por lo que los participantes necesitan ver resultados a corto plazo.

Sin embargo, las jóvenes valoran mucho el proceso organizativo del que han formado parte: “la organización nos ha servido porque yo ya voy conociendo cómo empezar a trabajar, cómo hacer un trabajo, cómo pedir un apoyo, ya voy conociendo cómo es esta vida” (Entrevista con jóvenes dirigentes). La gente se ve con ganas de hacer cosas, de trabajar en conjunto para resolver sus problemas, pero falta apoyo, sensibilización, integración de más jóvenes porque quizás por la carencia de empleos a nivel local, su mirada esté puesta más en estudiar para salir a trabajar fuera de la región.

Algunos cambios

Sin duda, construir un proceso organizativo entre mujeres indígenas constituye un gran reto por todos los obstáculos que ya se han señalado, sin embargo, el hecho de que un grupo de mujeres haya encontrado la posibilidad de unir esfuerzos para desarrollar acciones en conjunto y tejer la posibilidad de obtener mejoras aunque éstas sean mínimas, tiene gran trascendencia.

Se debe constatar que una región como ésta, a pesar de las condiciones de marginalidad y pobreza que pesan sobre ella, no ha estado aislada de los procesos económicos, sociales y políticos que se han sucedido en otros ámbitos. Así como la crisis agropecuaria y la orientación de las políticas la han afectado y la actividad de sus productores de granos básicos se ha vuelto insostenible, esta región y, en particular, el municipio de Metlatónoc, ha sido partícipe de múltiples influencias por su participación en la migración y en movimientos sociales y políticos como el movimiento indígena, el del magisterio y la lucha por el control municipal.

¿Hasta dónde estos procesos han logrado generar cambios en el rol de las mujeres en sus familias, en sus comunidades y han propiciado en ellas la posibilidad de una autovaloración y una participación más intensa y más reconocida?, ¿hasta dónde pueden acceder a mayores espacios de participación o a tener mayor influencia en aquellos donde se decide el destino de sus comunidades? Sin duda, preguntas como éstas requieren de un proceso de investigación más amplio, pero en esta mirada a vuelo de pájaro, algo tendríamos que decir a partir de las voces de las mismas mujeres participantes, todas ellas, de la organización.

Las labores de las niñas en sus casas consisten en lavar los trastes, barrer la casa, hacer su tarea, hacer todo lo que dice su mamá, porque si no, “no come”. La diferencia entre las niñas y los niños es que los niños, por ser hombres,

no tienen derecho a lavar platos, a barrer, no lavan su ropa, el niño nada más come y come y a la edad de ocho o nueve años va a la leña, pero nada más. La niña desde los cinco años va al molino y hace el quehacer de la casa. Después ya cuidan a los más chicos, los niños salen al campo a limpiar milpas. Si hay dinero para la escuela, escogen al niño porque dicen, ¿la niña para qué?, crece y se casa. Esto ha cambiado un poquito” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Mujeres de Metlatónoc nos informan que el maltrato a las mujeres persiste, y cuando la mujer asiste a la presidencia con el síndico para hacer su denuncia, la reciben y le preguntan al marido las causas de dicho maltrato “y si el marido dice que no lo obedeció o no cumplía con sus deberes, entonces el síndico acaba regañando a la mujer porque no obedeció al marido” (Entrevista con jóvenes dirigentes). Este tipo de violencia con las mujeres ocurre todavía entre la gente mayor, pero ya casi no se dan estos casos entre los jóvenes. Otra joven opina que “los hombres ya no tienen tanto el derecho de golpear a las mujeres y muchos de sus hijos que ya estudian, le explican al padre y ya comprende más” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

Las posibilidades que tienen las mujeres para decidir el número de hijos que quieren tener son muy limitadas. Los maridos no dejan tomar anticonceptivos a las mujeres, les dicen que tienen que tener todos los hijos que “vengan”. De acuerdo con algunos testimonios, “si los maridos saben que sus mujeres tienen algún método anticonceptivo o les descubren pastillas, las golpean. Además, no permiten que se operen. Esto empieza a cambiar cuando el hombre ve que es mejor no tener tantos hijos. Al condón nadie

lo toma en serio” (Entrevista con jóvenes dirigentes). Si bien ha disminuido el número de hijos, que llegaba hasta doce o quince, no hay un programa educativo extensivo a la comunidad y sólo han tenido acceso a él los jóvenes que cursan toda la primaria. “Los padres no dan consejos sexuales a sus hijos, sería como un atrevimiento. Cuando llega un hijo o una hija a cometer un error, no dicen pobres de mis hijos, les voy a dar otra oportunidad. Algunas mujeres tienen métodos, son muy valientes, otras no los usan porque han tenido problemas con los maridos” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

De acuerdo con opiniones de varias mujeres, ya no las casan sus padres a “la fuerza”, pero esto es en la cabecera porque en las comunidades todavía persiste este tipo de prácticas que indudablemente han ido cambiando

ya nada más unos cuantos señores hacen eso, ya no existe casi eso porque los hijos van a la escuela, y cuando uno le echa ganas y lo ven sus padres, los apoyan [...] hay dos o tres familias que piden dinero por sus hijas, la mayoría casi no y no las obligan a casarse, algunas familias sí lo hacen [...] Sólo si le “falla su hija”, si se embaraza, entonces sí la obligan a casarse y la sacan de la escuela, “se vuelve la comidilla del pueblo” y ya no le dan oportunidad de seguir estudiando [...] Es difícil hacer comprender a la gente, porque todo lo que ha vivido es como costumbre. Muchas veces las mujeres no hablan por miedo al marido. El problema es generacional, los jóvenes ya estudian más (Entrevista con jóvenes dirigentes).

El testimonio de una tejedora enuncia los cambios:

mis suegros me pidieron de 12 años, no conocía yo a mi esposo, mi papá cobró dinero, me vendió como la servilleta que yo vendo. Desde los 15 años estoy criando, tuve muchos hijos. Esto ha cambiado, ahora las chamaquitas ya se están mandando ellas solas, si quieren a alguien, se van con él. En las comunidades esto cambia pero no mucho. Ya después de ocho hijos ya le quiero parar, la más grande tiene 13. Sabía que había anticonceptivos pero me daba miedo, dicen que hace mal, ya llevo ocho hijos, ya no quiero más. Todos mis hijos van a la escuela y las niñas también. A mí me gusta que estudien mis hijas por lo que me pasó a mí, yo no sé leer, de primer año me sacaron de la escuela, me fui al monte a cuidar los animales, luego me casaron, me vendieron. Ahora voy aprendiendo a como ser con mis hijos. Quiero que ellos estudien,

si se casan mis hijas que sea por su gusto... (Flora, joven madre tejedora mixteca).

Así, sentada en el piso, tejiendo, nos dice que si a sus niñas les gusta tejer, que tejan, a ella sí le gustó, le enseñó su suegra, nos dice que por las tardes se sientan varias mujeres a platicar y a tejer. También su vida en pareja ha cambiado: “ahora voy a las reuniones, mi marido no me dice nada, antes sí, se enojaba, cambió porque amacizó también, es joven, él tomaba antes, y ahora no. El alcoholismo es fuerte por acá” (Flora, joven madre tejedora mixteca).

Sin embargo, a nivel comunitario, la mujer participa poco, a pesar de que la organización ya tiene más presencia y es reconocida. Una de las jóvenes impulsoras de los proyectos considera que “a la mujer se le ha discriminado, no se le ha dado la oportunidad para que trabaje en el ámbito político, en todos los sentidos, no se le ha dado el derecho, se le ha visto como una persona que no tiene la capacidad, se le ha condenado para la casa y la comida” (Entrevista con jóvenes dirigentes). Las mujeres no tienen cargos en la comunidad, hay ahora una regidora en educación. Éste es el primer cargo que ha llegado a tener una mujer en el ayuntamiento.

Si bien han asistido a diversos talleres sobre los derechos de la mujer impartidos por Tlachinollan, Centro de Derechos Humanos de La Montaña de Guerrero, situado en la ciudad de Tlapa, es claro que las mujeres necesitan, y así lo expresan, más capacitación: la quieren en su pueblo porque les cuesta trabajo ir a Tlapa. “Queremos ir a más talleres para orientar a las mujeres sobre sus derechos, el de sus hijos, sobre su salud, sobre todo lo que se pudiera porque hoy la mujer no es discriminada sólo por el pueblo, o porque es indígena, sino también es discriminada por los hombres, por el hecho de ser mujer, por ser mujer nada más” (Entrevista con jóvenes dirigentes).

El grupo de mujeres, con quienes recorrimos la cabecera y mantuvimos largas conversaciones, consideran que las que van a Sinaloa casi no cambian; van y vienen con su marido, no van a la escuela porque en los campos no hay escuelas para adultos, “las jóvenes hacen de comer, oyen música romántica, consiguen novio [...] De las mujeres que van a Estados Unidos, a unas les va bien, a otras no, unas se casan allá y se quedan; de dos, una se queda y otra se regresa, otras le echan muchas ganas y llegan a tener dinero, hacen su casita” (Entrevista con jóvenes dirigentes). Entre los hombres que van a Sinaloa tampoco se perciben cambios importantes, éstos son más perceptibles entre los que migran hacia Estados Unidos.

Así, las formas de reproducción social de los grupos migrantes de La Montaña de Guerrero tendrían que comprenderse en el ámbito de lo cotidiano en sus prácticas de reproducción generacional, económicas, políticas, culturales e ideológicas o como lo señalan las autoras citadas, como “formas de darse cuenta” y a partir de la “creación de espacios de resistencia y negociación”.

En general,

las mujeres que participan de las actividades productivas, detentan también el rol reproductivo, lo que es más evidente entre las casadas, viudas y divorciadas que entre las solteras. Cuando migran, las mujeres no solteras se enfrentan al doble proceso de integración socio cultural en el lugar de destino [...] deben adaptarse a nuevas pautas y conductas laborales. Sin embargo, las migrantes sufren más problemas que los hombres en el mundo del trabajo [...] problemas relacionados con su educación, los beneficios del empleo, los tipos particulares de trabajo que ejercen [...] enfrentan cambios inherentes a su rol reproductivo y a su condición de mujer, en condiciones a veces mejores, a veces peores, pero en todo caso típicamente diferentes a los del origen (Recchini de Lattes s/a: 8-9).

Estas reflexiones son interesantes pero tienen que ajustarse a las condiciones específicas en que migran las mujeres indígenas de Guerrero en el caso de la migración pendular, ya que migran con sus familias, asumiendo el mismo rol reproductivo; tienen contacto permanente con la gente de su mismo pueblo pues cohabitan con su familia extensa y vecinos y hablan la misma lengua. No obstante, es un hecho que viven la mitad de su vida en un medio diferente, en contacto con una cultura diferente, pero en un medio que las margina, que no las integra.

¿Qué cambios se generan entre estas mujeres nahuas, mixtecas, amuzgas y tlapanecas que llevan su identidad étnica a lugares distintos, que la tienen que adaptar y readaptar a las nuevas circunstancias? A circunstancias que implican la mitad de la vida, pero hay que cuestionarse si esta readaptación no implica cambios también en los otros seis meses en que vuelven a su rol de comuneras mujeres, madres de familia.

Viven y se integran a comunidades transregionales que redefinen roles de mujeres montañeras que necesariamente han cambiado, que han escuchado que “siendo mujeres son individuos con derechos”, que ganan igual que los hombres pero que trabajan más; mujeres que se comparan con otras mujeres, con aquellas que son diferentes, que se precian de

tener derechos como “ciudadanas”, que escogen con quién casarse, cuántos hijos tener, si dejan a un marido o si lo denuncian en caso de violencia. Se trata de un choque que tendrá resultados a largo plazo.

Las mujeres indígenas manifiestan cambios a partir de la migración, pero éstos son más importantes cuando migran solas o cuando lo hacen a espacios tan amplios como la ciudad, donde quedan atrás las cargas, deberes y obligaciones con la familia ampliada o bien con la comunidad o con la jerarquía comunitaria.

Las mujeres que migran presentan profundas transformaciones: la reinterpretación de sus valores y su cultura, producto del choque con la cultura urbana: la poca utilidad de su lengua, el desempeño en trabajos remunerados, la manutención del hogar, la reinterpretación de los roles sexuales al interior de la familia, la disfunción de todo su saber cultural rural (Thacker Moll y Gómez Rivas, 1997).

Las demandas económicas (en proyectos productivos o para el acceso a mejores servicios) han sido fundamentales para nuclear a las mujeres en espacios asociativos, sin embargo, muchos de ellos han tenido otras repercusiones. La mujer indígena lleva actualmente sobre sus hombros una gran carga y quiere tener la posibilidad de llevarla de la mejor manera posible, por esta razón, revisa y quiere aprovechar todas las opciones para lograr mejoras para su familia. Se ha quedado muchas veces al frente de los deberes económicos, educativos, de salud y comunitarios del grupo doméstico, por lo que sus demandas económicas son cada vez también más visibles, más urgentes, y reflejan el papel que hoy están desempeñando. Muchos de los proyectos productivos en que las mujeres indígenas han participado, se han convertido en espacios de convergencia que les permiten ganar presencia en sus organizaciones mixtas. Han tenido experiencias importantes al desarrollar sus proyectos. Una autora señala que por medio del vínculo que logran en estos procesos, “las mujeres han forjado una identidad de trabajo, han adquirido conocimientos y han aprendido lecciones (a veces amargas) en políticas públicas. El alcance de sus conocimientos y su capacidad para influir en decisiones que afectan su vida va creciendo de la mano con su participación. Las mujeres están siendo más reconocidas en sus familias y comunidades” (Carlsen, s/a).

En la región de La Montaña se han dado diversos procesos organizativos: unos que tienen que ver con labores que desde tiempos remotos ha venido realizando la mujer y que le son reconocidos por la familia y la comunidad: implica espacios que se ha ido apropiando y desde los cuales ha ido planteando

alternativas diversas. Estos espacios tienen que ver con labores de salud, como las parteras, el trabajo agrícola, artesanal, como las tejedoras y bordadoras de ropa o las tejedoras de artículos de palma. Otro tipo de procesos organizativos se desprenden de la participación femenina en espacios mixtos de organizaciones sociales promovidas por el Estado, o bien por organizaciones no gubernamentales que han derivado en la constitución de una gran diversidad de grupos de mujeres como los que ya se han señalado.

Otro tipo de actividades como la salud, que han recaído en ellas, las han impulsado a organizarse:

el proceso de recuperación de los agentes de salud femeninos por parte del Estado para la atención materno-infantil en el medio indígena ha supuesto asimismo, nuevas modalidades de organización y presencia de las parteras, en particular, en el medio político de las comunidades [...] La organización propia para la atención a la salud responde a profundos intereses culturales y a una estrategia de mayor presencia política, de mayor capacidad de negociación y gestión” (Bonfil y del Pont, 1999).

Las mujeres de La Montaña han estado presentes en estos esfuerzos y es posible verlas en los comités de salud de sus comunidades aprendiendo, capacitándose para cumplir con una función que, saben, es de primera importancia.

Desde esos espacios pequeños donde lo privado está intercalado con lo público, surgen y resurgen las mujeres porque, de alguna manera, los procesos organizativos en que se han integrado alteran su cotidianidad y los sistemas de autoridad comunitaria cuando las experiencias adquiridas y su acción les imponen rebasar los límites impuestos a su situación de mujer. El espacio comunitario ha sido, así, en el que preferentemente participa la mujer indígena, ámbito importante, ya que en él se recrean las relaciones de parentesco, se garantiza la reproducción de la comunidad, se controlan los recursos, se recrea la cultura, se lucha por servicios básicos, se toman las decisiones fundamentales para la comunidad y se administra la justicia.

¿Una nueva acepción de ciudadanía?

Es necesario señalar que estos espacios pequeños no están aislados, ya que están abiertos a transformaciones al cruzarlos con realidades como la migración, una competencia partidaria más abierta, su vinculación con movimientos sociales regionales o nacio-

nales y con organizaciones no gubernamentales con diferentes propuestas. Este nuevo contexto ha permitido que las mujeres sean más escuchadas y puedan tener una presencia más fortalecida en la lucha de sus pueblos y por sus demandas de género.

Las mujeres de La Montaña nunca se declaran no indias, nunca niegan su origen. Están orgullosas de su cultura plasmada en sus artesanías, en su religiosidad, en su lengua, en su vida cotidiana; mencionan en forma reiterada que su lucha es también la lucha de su pueblo y que hablan por él. No quieren “dejar de ser” y por eso los cambios son tan lentos, porque saben que, de precipitarlos, corren el riesgo de generar mayores rupturas. Las tradiciones como la entrega de niñas y adolescentes en matrimonio va cambiando, la violencia intrafamiliar y el adulterio van aflorando entre las mujeres como conductas no deseadas, pero aun persisten. Como señala Henrieta Moore (Moore, s/f: 214), sus cambios, aunque son lentos, “adquieren un significado totalmente nuevo porque se realizan desde su cultura y la posibilidad de permanencia como mujeres indígenas”.

En este punto es necesario poner a prueba el concepto de ciudadanía para confrontarlo con la vida de estas mujeres; sus derechos y obligaciones como integrantes de una familia, de una comunidad y de una nación. Pero es útil reconocer a qué concepto de ciudadanía nos estamos refiriendo: si a la ciudadanía que reconoce una igualdad de los individuos ante la ley o a un tipo de ciudadanía que establece diferencias, dado que una ciudadanía universal oculta la realidad de las desigualdades basadas en la raza, la clase, la etnia y el género (Meer, s/f, 2).

Dadas estas desigualdades que, en casos como el que estudiamos, son claras, el derecho por una expresión ciudadana desde estas particularidades se ha manifestado a través de la lucha y se han ganado importantes espacios para las poblaciones indias y para las mujeres, por lo que la ciudadanía no es una categoría ahistórica. “[...] los derechos ciudadanos no son fijos ni universales, sino objeto de lucha, que deben ser defendidos, reinterpretados y extendidos” (Meer, s/f: 3).

Durante mucho tiempo se consideró que la condición de las mujeres en el espacio doméstico pertenecía sólo al ámbito privado y, a partir de largas luchas y expresiones de actores concretos vinculados a la sociedad civil, se ha reconocido que los asuntos privados como la sexualidad, la reproducción, la violencia intrafamiliar, el derecho de la mujer, los hombres y los niños, deben ser atendidos por las instancias públicas. Lo que está sucediendo en muchas comunidades indígenas de nuestro país; el cambio de opinión, actitud y conductas entre los jóvenes y, en

particular entre las mujeres jóvenes, aparece como un desafío hacia las formas en que se han distribuido los espacios de acción para hombres y mujeres.

Hoy quieren participar ellos; quieren salir de una esfera privada armada artificiosamente para restringir su marco de acción; consideran que lo que sucede en el ámbito privado es de incumbencia pública, porque desde la casa consideran que tienen “derechos” como esposas y como madres que no se están respetando y es la sociedad, la cosa pública, la que tiene que tomar cartas en el asunto; pero han sido las mujeres y sus expresiones políticas, las que han propiciado la posibilidad de romper la distancia entre lo público y lo privado.

Dadas estas diferencias, cabría preguntarse si estas mujeres son iguales ante la ley como lo son otros sectores sociales de la población, incluso los mismos hombres de sus familias y comunidades. En una investigación sobre la procuración de justicia en Metlatónoc, la autora señala que “las mujeres *na’ savi* (mixtecas) enfrentan una situación de maltrato doméstico y violencia intrafamiliar, que al ser considerados como parte de su forma de vida, las padecen pero en raras ocasiones cuestionan el maltrato y, cuando esto ocurre, son conminadas por autoridades y parientes a seguir con este tipo de vida, en aras de conservar la institución familiar” (Nicasio González, 2001: 145). En los casos en que las mujeres han presentado una denuncia, generalmente lo hacen acompañadas por los hombres y son invitadas por los funcionarios que ejercen justicia en el ayuntamiento (síndico) a que se reconcilien y se arreglen en buenos términos en aras de conservar la familia. Se conmina a la mujer a ser más obediente y a no ocasionar problemas, a no llegar a una separación. Sin embargo, esta misma autora señala que las mujeres empiezan a ser conscientes de que las situaciones que viven no son normales y que pueden cambiar entre ellas, entre los hombres y, sobre todo, entre los jóvenes. Su esperanza de un cambio es percibida a más largo plazo.

En el segundo encuentro nacional de mujeres indígenas en el estado de Guerrero, en su declaratoria final, las participantes señalaron que “para nosotras, la autonomía quiere decir paridad, la democracia y equidad entre hombres y mujeres, entre indígenas y no indígenas, es decir, entre todos los seres humanos y sobre todo, que sean reconocidos como pueblos originarios que somos” (Declaración del segundo encuentro nacional de mujeres indígenas, 2000).

Los cambios implican modificaciones culturales que requiere la sociedad en su conjunto para reconocer a las mujeres como actores políticos que toman decisiones y emprenden acciones. Una vez que ellas empiezan a actuar políticamente, su autopercepción

se ve reforzada; dan cuenta de una ciudadanía activa y crucial que propicia los cambios sociales.

Para las mujeres indígenas, esta autopercepción es un proceso lento y doloroso porque implica conflictos en sus familias, en sus grupos y en sus comunidades. Sin duda, la lucha de la mujer indígena, por ser reconocida como mujer con derechos propios, como mujer perteneciente a una etnia y como sector de clase con necesidades específicas en una de las regiones más pobres del país, implica su acción en distintos frentes y alianzas. Implica también una gran cantidad de obstáculos, pero hay que considerar que cualquier alternativa de desarrollo que pretenda plantearse, no puede soslayar una perspectiva desde estos distintos frentes que dibujan la identidad de la mujer indígena. Su papel de asalariada migrante, ama de casa, campesina, cabeza de familia, miembro de una comunidad indígena y de una nación, sitúa a la mujer indígena en muchos frentes de lucha casi al mismo tiempo, a partir de los cuales tiene que tener una ciudadanía propia, ampliada al reconocimiento de todos sus derechos: laborales, productivos, reproductivos, familiares, comunales, y como integrante de la ciudadanía mexicana: sociales, colectivos e individuales.

Hemos podido percibir en las experiencias y opiniones de las mujeres montañeras, las dificultades que enfrentan al intentar promover y desarrollar organizaciones autogestivas y autónomas duraderas que les permitan su fortalecimiento como “actoras” sociales con una identidad y demandas propias cuando existen tantas necesidades económicas, cuando falta capacitación y una conciencia más amplia de sus posibilidades, cuando esto produce que haya muy pocas dirigentas que tienen que concentrar muchos asuntos, cuando hay tantos obstáculos en su vida personal y comunitaria y cuando hay una visión tan negativa y discriminatoria de organizaciones mixtas, de otras organizaciones de mujeres y de políticas estatales que no las han considerado sujetos de su propio desarrollo.

La desconfianza, el temor al engaño, a ser utilizadas una vez más por un partido político, o para justificar programas sociales mal administrados, problemas de corrupción y desconfianza hacia liderazgos muy centralizadores y una cultura comunitaria y doméstica que no permiten la participación autónoma de las mujeres, vuelven lentos los cambios que podrían facilitar el desarrollo de las opciones organizativas de las mujeres indígenas.

Las demandas de las mujeres indígenas se hacen ya desde el aprendizaje que les ha dejado su participación en experiencias organizativas exitosas y dolorosas a la vez, a partir de las cuales han conocido

sus limitaciones y han emprendido acciones para superarlas. Han aprendido también a reconocerse como un sector de la sociedad que, a pesar de las presiones económicas a que han estado sujetas y de sus limitaciones, puede opinar y actuar de acuerdo con lo que quieren, con lo que saben. Han formado organizaciones que son reconocidas a nivel regional y se han integrado a redes regionales y nacionales que las han fortalecido y han ampliado los horizontes de su reflexión. Su vinculación con la red de mujeres de UNORCA, donde militan campesinas e indígenas de distintas regiones del país o con la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, con el movimiento indígena y campesino, con organizaciones no gubernamentales y con partidos políticos, implica que se están haciendo también de valores relacionados con derechos ciudadanos de mayor alcance desde su propia identidad. A nivel personal, estas mujeres organizadas quieren ser reconocidas por su pareja, por su familia y su comunidad como un integrante más pero con derechos propios. Sobre las mujeres indígenas pesa el rol que les han asignado ancestralmente la familia y la comunidad; pesa sobre ellas el deber de dar continuidad a la cultura, a los usos y costumbres como columna vertebral y fortaleza de la organización comunitaria, pero aun éstos han cambiado y pueden seguir cambiando en beneficio de las mujeres sin que necesariamente se desintegre la comunidad.

Las mujeres indígenas y, en particular, las mujeres de La Montaña, han cambiado gracias a su participación en diversos mercados de productos, de dinero y de trabajo; han cambiado también por su participación social que las confronta con adversarios locales, regionales y de distinto cuño social lo que les ha permitido ir tejiendo su propia identidad al reconocerse con otros grupos de mujeres en condiciones similares. Han tenido que aprender, que capacitarse, que negociar, que luchar, que resistir, que proponer. Su presencia ya se nota fuera del ámbito doméstico. Sin embargo, este proceso no es lineal ni se expresa de igual manera ni con la misma fuerza en todas las regiones indígenas del país, o bien en los espacios rurales o urbanos. Sus propuestas parecerían retroceder por momentos, pero sus avances, que a veces se perciben poco o entre muy pocas mujeres, ya no pueden revertirse.

Las instancias civiles, políticas y de gobierno tienen que reconocer que, hasta hoy, las mujeres indígenas a partir de todas las desventajas que tienen, se han ganado un espacio particular entre los actores que hoy levantan la voz para exigir que se reconozca su presencia y se valore la participación que han tenido. Este reconocimiento deberá convertirse en

apoyos, ya no basados sólo en el asistencialismo, sino en la elaboración de propuestas en las que participen ellas mismas y que las involucren en su diseño, gestión y evaluación. Ya empiezan a estar preparadas para ello y cada vez exigen que se les tome más en cuenta para definir la orientación y el destino de los recursos que se han reservado para apoyarlas.

Hay cambios importantes en esta necesidad de valoración y de actuar de manera más autónoma, sobre todo entre las mujeres jóvenes. Al interior del movimiento indio y de sus comunidades, las muje-

res montañeras avanzan en una lucha silenciosa pero dura, reconstruyendo a cada paso su identidad para que se les reconozcan sus derechos como actoras con una cultura particular que se están ganando la posibilidad de tener un papel más protagónico en el desarrollo de sus pueblos. Tienen mayores deberes y mayores compromisos, quieren tener una participación más importante en la toma de decisiones y mayores derechos como mujeres indígenas en la ampliación de la democracia actual y de sus derechos ciudadanos.

